



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

MAYO 12.—Madrid 25 de Abril de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN |               |
|-----------------------|---------------|
| MADRID Y PROVINCIAS   |               |
| Seis meses.....       | 30 rs.        |
| Un año.....           | 60 »          |
| CUBA Y PUERTO-RICO    |               |
| Seis meses.....       | 2 1/2 ps. fr. |
| Un año.....           | 4 »           |

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

DIRECTOR

MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN |               |
|-----------------------|---------------|
| EXTRANJERO            |               |
| Seis meses.....       | 11 fr.        |
| Un año.....           | 21 »          |
| FILIPINAS Y MÉJICO    |               |
| Seis meses.....       | 3 1/2 ps. fr. |
| Un año.....           | 6 »           |

#### SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica universal, por D. Manuel Riera.—Carta de felicitación, por Blas.—M. R. P. Fr. Ramón Martínez Vigil, obispo electo de Oviedo.—Los grabados.—Un discurso del Ilmo. P. Fr. Tomás Cámara, obispo auxiliar de Toledo (conclusión).—La vida en las profundidades del Océano, por A. de Meissas.—Algunas noticias sobre la Santidad de León XIII.—Bibliografía, por un Benedictino francés.—La rosa blanca de los Kermadec (continuación), por D. Angel Zarzuelo de Cancio.—Conocimientos útiles.—GRABADOS.—Guido de Arezzo enseñando su método de canto en presencia del Papa Juan XIX.—Orla del devocionario de Felipe II.—La vuelta de las golondrinas.—Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús en esta Corte.

#### REVISTA

**T**ODO es relativo en este mundo, todo tiene sus límites; y cómo no, si el hombre mismo, rey de la creación, es un sér relativo y limitado?

Por eso, con ser tan necesario al hombre el alimento, le enseñó Dios á pedirlo con limitación en la oración dominical: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» No el pan en absoluto, sino el nuestro; no el pan de toda la vida, sino el de cada día; dánosle, no siempre, sino hoy.

Se nos vienen á la pluma estas reflexiones recordando las quejas de los labradores respecto de la persistencia de las lluvias primaverales, por lo regular tan convenientes y fecundas.—«Señor, que no llueva más», dice ahora la gente de los campos; y si se suspendiese la lluvia, y continuase un mes y otro la sequía, antes de poco comenzarían á exclamar los labradores: «Señor, envíanos el agua.» De manera que la lluvia como el sol, con ser tan fecundos, necesitan tener su limitación para ser útiles al hombre. Que no tenga límite el llover, y la tierra se convertirá en un lago; que no tenga límite la sequía, y el mar se trocará en arenas. El límite de las cosas creadas es condición esencial de su naturaleza: lo absoluto queda reservado al Criador.

Esto no quita que haya sabios cuya ciencia absoluta proclame la soberanía absoluta del hombre, y con esta soberanía todos los atributos y prerrogativas de su imperio: derechos absolutos al bien como al mal, á la vida como á la muerte; libertades absolutas, necesidades sin límites, satisfacciones adecuadas á estas necesidades, etc., etc.

¡Pobre y magnífico soberano! Su trono es la tierra, maravillosa y rica, es cierto, pero sometida á terremotos, inundaciones y calamidades; el pabellón de su trono el cielo, altísimo é incommensurable, pero que se cubre de nubes que le ahogan con lluvias persistentes ó le matan con el rayo de sus tempestades; su corona el sol, mar de

brillantes, pero que le seca con el incesante fuego de sus volcanes si las nubes no vienen á templarle con sus vapores, apagando por algún tiempo la intensidad de su luz. Todo es igual en este soberano, todo contingente, todo relativo; rico por su origen, por su cuna, por su abolengo real; pobre, miserable por sus pecados, que derrocaron su soberanía, restablecida, aunque con límites, por la misericordia de Dios.

Nuestro siglo se enorgullece con sus adelantos materiales; ¿dónde está la invención que pueda desvanecer las nubes que nos inundan y hacer salir el sol que fecunde los campos? Y si el hombre no ha podido eludir la petición y súplica del Padre nuestro, si no puede obtener el pan cotidiano por sus propias artes y por virtud de su ciencia, ¿de qué se enorgullece?

Sabios sin fe, que sois sabios en ignorancia; ya que no podéis dar á los pueblos el pan ni la vida, no les arrebatéis el tesoro de sus creencias; dejadles que desde el apacible rincón de sus hogares ó desde las gradas de sus altares puedan levantar los ojos al cielo y exclamar, «Señor, envíanos la lluvia; Señor, envíanos el sol según las circunstancias, para que no nos falte el pan de cada día.»

\*\*\*

El domingo *in albis* se han abierto los colegios electorales con la elección de mesas, y el domingo del Buen Pastor se llevarán á cabo las elecciones de diputados á Cortes. No queremos, porque nunca han sido de nuestro gusto, buscar analogías entre las cosas de la religión y las de la política; pero salta á la vista que en esta ocasión parece broma la coincidencia, pues *in albis* se queda el país con las luchas electorales, donde concurren grandes rebaños de borregos dirigidos por malos rabadanes, cómplices y encubridores de las expoliaciones de los lobos de la revolución fiera y de los zorros de la masonería solapada.

Los periódicos no hablan estos días de otra cosa: candidatos que van, candidatos que vienen, influencias, intrigas, atropellos, triunfos y derrotas. El juego de las instituciones tiene sus períodos álgidos, y el presente es de los mayores, en la categoría, por supuesto, de las partidas incruentas.

Pero lo que más gracia nos hace, ¿qué otra cosa hemos de decir? es la forma estereotípica de las noticias electorales: casi todas comienzan, median ó terminan así: «Los numerosos amigos de D. Fulanito.» No hay candidato que no tenga su contingente, y siempre numeroso, y por lo regular distinguido. Los amigos comprometen al candidato á que salga á la arena; los amigos pregonan sus méritos con agravio de su modestia; los amigos hacen declaraciones, lo saben todo, y si viene una derrota, hasta cargan con el muerto por su desordenado entusiasmo y por su precipitación en servir á su ídolo.

No tratéis de inquirir la mayor parte de las veces quién son estos amigos, dónde están, cómo se llaman. Un político debe de tener amigos: el que no los tiene reales los tiene fingidos; la



GUIDO DE AREZZO ENSAYANDO SU MÉTODO DE CANTO EN PRESENCIA DEL PAPA JUAN XIX. (Cuadro de Bertini.)



cuestión es que, aunque el personaje ande solo por el mundo, en las columnas de los periódicos aparezca siempre con su corte, con su clientela, con su hueste de buenos amigos.

Se dirá: ¡cuánto mienten los políticos! Es verdad, pero en esta cuestión no mienten poco los pueblos. Sabemos de un distrito que cuenta 3.000 electores, y desde un mes antes de las elecciones había recibido el candidato ministerial el ofrecimiento de 36.000 votos. Con 1.500 tendrá que contentarse, porque nadie le disputa el triunfo; pero su gratitud—no reirse—deberá extenderse á los treinta y seis mil, puesto que todos estaban dispuestos á sacrificarse por su elección. No han hecho falta, y han permanecido en la reserva.

Dentro de pocas horas la patria saldrá de su corta orfandad: que sean más los padres que los padrastros, para que no tenga que llorar nuevos azotes.

\*\*\*

La autoridad gubernativa que en la noche del martes santo cazó en el Círculo Venatorio á una partida de ojeadores, con aplauso de las gentes honradas, ha emprendido, según parece, una campaña contra los periódicos inmorales, que, subvencionados sin duda por el infierno, se complacen en propagar con escritos y dibujos la peste horrible de la incredulidad y del libertinaje. El primero que ha caído ha sido *El Motín*; pero creemos que seguirán su marcha otros motines contra la decencia y la moral, y Dios quiera que los buenos propósitos lleguen hasta limpiar á Madrid y á España de la basura de la prensa pornográfica, según ha dado en llamársela, por el sistema moderno de disfrazar con trajes más decorosos las cosas que nuestros abuelos llamaban por sus nombres.

Es el colmo de la desvergüenza lo que está aquí pasando; en teatros, en novelas y en periódicos *humorísticos* se está, hace tiempo, alimentando el monstruo brutal y hediondo de la concupiscencia más encenagada, sin que los Gobiernos hayan tomado el asunto por donde quema y hayan fumigado la sociedad con los desinfectantes de la justicia y con el rigor de una indignación honrada. La cuestión es gravísima: más grave que si nos hubiera invadido el cólera morbo, porque el cólera pasaría como pasan todas las pestes materiales; pero la obscenidad rufanesca, la pillería enmascarada, el envilecimiento de las almas por el libertinaje *de moda*, no pasan, permanecen en la sociedad como el cáncer sobre el cuerpo, hasta que no le quede entraña que devorar, ni sangre que corromper, ni vida que destruir, ni conciencia que cubrir de miserables y hediondos gusanos.

Por eso aplaudimos la conducta iniciada por el nuevo gobernador, y la aplaudimos con la esperanza de que continúe mejorando, pues en el camino de la justicia suelen ser los pasos más difíciles los primeros. Adelante, que la sociedad no se compone aún de mayoría de bribones y libertinos, y los hombres de bien, acobardados y sin alientos por la impunidad del mal, se reportarán con esos nobles ejemplos, y saldrán de su rincón á combatir al lado de las autoridades civiles que saben cumplir con su conciencia.

¿Qué mayor triunfo? ¿Qué más se puede desear en las circunstancias presentes?

\*\*\*

La capital de la Europa moderna, el cerebro de la civilización y del progreso modernos, va á abrir sus puertas al torero español. La sociedad protectora de los animales se ha opuesto; pero su oposición se ha vencido fácilmente, y ya parece cosa probable que *Frasuelo* lucirá su garbo, su serenidad y su destreza taurina á la vista de la sociedad parisiense, congregada en el hipódromo.

Francia está siendo la Roma pagana de nuestro tiempo, con sus alternativas de gobiernos, con su cosmopolitismo, sus costumbres desenvueltas, su lujo y sus hombres, desde Julio César hasta Catalina, desde Creso hasta Espartaco. Le hacía falta el anfiteatro, y lo que comenzó hipódromo acabará por ser el Coliseo de la Roma ó, tomando la expresión de San Pedro, de la Babilonia moderna.

Ahora comenzarán las corridas de toros, esto es, la efusión de sangre, y después ¿qué sabemos? Tal vez corra allí sangre de mártires.

La sociedad europea rechaza las costumbres antiguas si son cristianas, pero acepta las que tienen un carácter pagano. Al considerar este progreso, ocurre preguntar con el afán de una esperanza salvadora: ¿de donde vendrán los nuevos bárbaros, que ahoguen en la barbarie de las selvas la barbarie de las grandes metrópolis?

\*\*\*

Ya están anunciadas las carreras de caballos de la presente primavera, fiesta que hemos importado

de Francia á cambio sin duda de los toros, que ahora les exportamos en justa correspondencia.

Las carreras serán cuatro, y los premios ascienden, según hemos sumado, á la respetable cantidad de catorce mil duros. ¿Pero qué vale esta suma comparada con la que se cruzará en las apuestas?

Sospechamos que no se agraviaría la justicia si se midiesen con el mismo raseró los ojeadores del Círculo Venatorio, que mataban los ocios de la veda sobre el tapete verde, y los *sportement* de la sociedad de la Cría caballar, que se distraen con las apuestas en el hipódromo de la Castellana. Pero no se caza lo mismo á un soldado de infantería, como es el cazador, perpetuo trillador de veredas y encrucijadas, que á uno de caballería, afortunado quírite de la alta sociedad madrileña.

\*\*\*

De manos del celosísimo párroco de Santa Cruz, Sr. Sánchez Barrios, hemos recibido una invitación para la junta de feligreses de dicha parroquia que se habrá celebrado el 23 del corriente en los salones del comercio de los Sres. Labiano, á fin de tratar de la construcción de la iglesia parroquial de Santa Cruz en el terreno que ocupó la de Santo Tomás.

El pensamiento no puede ser más digno de aplauso. ¿Se realizará? Dios lo quiera; pero al ver la lentitud con que sale de cimientos la de la Almudena, nos asalta el temor de que la piadosa y nobilísima idea no salga de proyecto.

El comercio de la parroquia de Santa Cruz es rico y numeroso; que haga suyo el pensamiento, y la empresa podrá realizarse: dad y recibiréis.

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



El domingo de Cuasimodo ha promulgado Su Santidad una importantísima Encíclica sobre la masonería, que es un admirable resumen del estado de la sociedad moderna, minada por esta secta perniciosa, y un sumario al propio tiempo de los medios de conjurar el mal, muchas veces recomendados por los Romanos Pontífices.

El Papa señala con gran elocuencia los antecedentes de esta secta, cuyos propósitos son acabar con la Religión, desecristianizar el Estado, constituir al materialismo por base de la vida social y empujar á los pueblos á los horrores del socialismo. En la exposición de estos males Su Santidad se expresa con grande energía, poniendo siempre el dedo en la llaga y señalando las consecuencias de tantos y tan funestos errores.

No se expresa con menos energía al mostrar los remedios, invocando el valor de los fieles para librar continua batalla contra la masonería, implacable en sus estragos. Resumiendo sus consejos, propone á los Obispos como estrechos deberes:

- 1.º Desenmascarar á los obreros satánicos, y por la predicación y las pastorales apartar al pueblo de las sociedades secretas.
- 2.º Difundir más y más la instrucción cristiana, recomendando vivamente la Orden Tercera de San Francisco como remedio del peligro social.
- 3.º Crear escuelas y corporaciones de obreros bajo una dirección religiosa. Los propietarios de los grandes establecimientos agrícolas é industriales deben organizar entre sus obreros las asociaciones católicas, y la Sociedad de San Vicente de Paul será un gran socorro.
- 4.º Vigilar las escuelas, exhortar á la juventud (sobre todo en la época de la primera comunión) á que no éntre en asociación ninguna sin consentimiento de su confesor.
- 5.º Implorar la asistencia de la Santísima Virgen.

La Encíclica es uno de los más notables documentos emanados de la pluma elocuentísima y venerable de León XIII. Hágala el cielo fecunda entre nosotros, que tanta necesidad tenemos de obras católicas para contrarrestar la influencia masónica, siempre latente en todas las esferas de la vida social.

El príncipe de Lichteustein, cuyo estado en la Alemania del Sur, sobre el Rhin, cuenta 159 kilómetros cuadrados, ha ofrecido este territorio á la Santa Sede. El príncipe es uno de los primeros propietarios de Alemania, pues en todos sus dominios de Prusia y Austria cuenta con 600.000 habitantes. También el príncipe de Mónaco celebra frecuentes conferencias con el cardenal Jacobini, y se cree tienen el mismo objeto.

Los príncipes de la rama católica de la casa de Wurtemberg han visitado estos días al Papa, de cuyas sagradas manos han recibido la comunión, y sin tocar en el Quirinal han salido de Roma, dejando,

como es consiguiente, muy enojados á los *italianisimos*, los cuales no abren los ojos á la luz que esclarea allí continuamente tantas inteligencias. En la última semana se han verificado cinco ó seis conversiones de protestantes y judíos. Entre ellas la de la condesa Giannotti, esposa del maestro de ceremonias de la corte de Humberto.

Ya ha sido notificada á la Propaganda la célebre sentencia del Tribunal Supremo. La Revolución no se detiene: marcha siempre adelante. Si la presente iniquidad se consuma, ¿qué armas quedan á los Gobiernos de Europa contra el socialismo que amenaza? ¿Los cañones? Pues fácilmente se cambian de puntería.

La justicia y el derecho van quedando desamparados en Europa. En cambio todos los días se proveen de nuevas armas los arsenales de la Revolución. ¡Aterra pensar en el día, acaso no lejano, de la gran batalla!

La política alemana vuelve á recrudecerse contra los católicos. El ministro Gossler se niega á conceder más permisos á los sacerdotes expulsados para volver á sus parroquias. Sobre todo el Gobierno se muestra implacable con los sacerdotes jóvenes, que han tenido que hacer su carrera en Roma ó en Inspruck.

El canciller Bismark se ha irritado con la negativa de Bensimquen y Miquel á entrar en el Gabinete. Estos jefes del partido nacional-liberal, principales autores del *Kulturkampf*, no quieren continuar su obra, convencidos de su error.

Con este desaire el centro católico recobra su fuerza, que es lo que contraría al Canciller.

Y á todo esto sigue la crisis, cuya solución está llena de dificultades, porque se complica con ella la ley contra los socialistas, pendiente de resolución en el Reichstag. Si es rechazada, se dice que el Canciller disolverá la Asamblea, donde los católicos han adquirido gran preponderancia.

En San Petersburgo se ha descubierto una sociedad de incendiarios presidida por una mujer. Todas las medidas de policía son ineficaces para desarraigar la zizania del nihilismo, que brota de sus mismas cenizas.

Otras deben ser las medidas salvadoras. La siguiente por ejemplo: El P. Vollinger, dominico, ha sido encargado por el príncipe Cantacuceno, director del departamento de confesiones extranjeras (es decir, no rusas), de redactar en ruso un manual para enseñar la Religión católica, que se imprimirá á costa del Estado. Hasta ahora sólo había catecismos católicos en polaco.

Por ahí ha de venir el remedio, por la educación católica de los pueblos. Todo otro remedio será ineficaz: una policía se contrarresta contra otra policía.

El Parlamento inglés está de vacaciones; cuando reanude sus sesiones se votará definitivamente el proyecto de ley electoral, que es el caballo de batalla. Aunque los conservadores lo combaten con encarnizamiento, todas las probabilidades son de que salga el Gobierno triunfante. A Mr. Gladstone le sucede todo lo contrario que á Bismark: es afortunado en la política interior y desgraciado en la exterior.

En la cuestión de enseñanza, que tanto preocupa á los Obispos católicos, el Gobierno se muestra favorable á proteger las escuelas libres, católicas y anglicanas, sobre las comunales ó municipales, donde se han descubierto grandes abusos. Los subsidios del Gobierno ha resultado que van donde menos falta hacen, y en cambio las escuelas pobres de barrios populosos salen en la distribución perjudicadas.

Una noticia del *Standard* para cerrar esta párrafo: dice que han sido importadas desde Francia á Inglaterra doscientas cincuenta libras de dinamita, y se calcula que hay más de dos millones de frascos preparados para hacer saltar edificios.

Es preciso allanar las ciudades al carro triunfal del progreso.

De Egipto malas noticias para los ingleses.

El pobre general Gordon se halla bloqueado en Khartúm, donde ve agotarse sus recursos y acercarse la hora de perecer, sin que le lleguen los auxilios de su patria. Se dice que tratará de retirarse por el Africa Central, puesto que tiene cerrado el camino de Berber. Las negociaciones con Abisinia también han fracasado, pues esta nación exige para auxiliar á Inglaterra la posesión de todo el litoral del Mar Rojo, límite de su país.

Y á todo esto la cuestión de Hacienda más embrollada que nunca en Egipto, que es donde le duele á los ingleses. Se habla de reunir una Conferencia europea en Londres para zanjar este asunto; pero la idea encuentra graves dificultades mientras sea tan deplorable el aspecto de la guerra.



La cuestión egipcia es el nudo gordiano de Inglaterra. ¿Tendrá elementos y decisión para romperlo?

Pocas novedades de Francia.

Las huelgas mineras del Norte han concluido.

Las Cámaras están cerradas hasta el 20 de Mayo.

El día 4 se celebrarán las elecciones municipales.

Dos párrafos de periódicos de París para el proceso de la república actual.

*Le Radical:*

"Las falsificaciones han llegado á convertirse en costumbre ministerial. Antes de Waldeck y de la carta apócrifa de Barly, habíamos tenido á Ferry y el telegrama apócrifo de Tricou. Ahora, cuando un ministro quiere hacer votar alguna cosa por el Parlamento, hace fabricar un documento y le declara auténtico."

*Le Cri du Peuple:*

"Rufianes, rateros, tomadores, salteadores de camino, una noche que todos dormíamos tranquilamente, se dejaron caer sobre el país, apoderándose de los buenos puestos y de los grandes cargos."

"Y á esto se ha llamado la depuración del personal."

Este es el lenguaje diario de la prensa de París que no cobra del Gobierno.

El Gobierno holandés, compuesto de católicos y de protestantes conservadores, va á llevar á cabo la revisión constitucional, tanto tiempo anunciada; da gran importancia á este proyecto de revisión la circunstancia de que por medio de este proyecto se ha de resolver la cuestión de sucesión al trono de Holanda, y también al de Luxemburgo, que podrá muy bien ocurrir que se separen después de largos años de unión.

De aquí ha de resultar una cuestión de derecho constitucional, en que querrán intervenir determinadas potencias.

También en Portugal se ha aprobado el proyecto de ley autorizando la reforma constitucional.

Y apesar de tantas revisiones y reformas, las Constituciones no mejoran. Parecen tejados viejos, donde se quita una gotera y se hacen tres.

El movimiento de los Estados Unidos no se detiene.

Sólo el Estado de Nueva York cuenta 400 escuelas, en que los niños católicos reciben una instrucción gratuita.

La diócesis de Nueva York está comprendida en este número por 170 escuelas con 48.000 alumnos; las otras cuatro diócesis de Brooklyn, Albany, Rochester y Ogdensbury, poseen más de 230 escuelas con 75.000 alumnos.

Independientemente de estas escuelas, destinadas principalmente á la enseñanza elemental, existen en estas diócesis muchos colegios y academias católicas, destinados á la educación secundaria y superior.

La semilla evangélica cunde y se propaga en aquellos países, mientras que en este su antiguo plantel de Europa parece ir en decadencia. Acátemos los designios de la Providencia.

M. RIERA.

## CARTA DE FELICITACIÓN

A Mr. Alfred de Sauvenière, homme de lettres.

BABIA.

Muy señor mío y muy redactor de *Le Figaro*: Os dirijo esta carta á la habitual residencia de los escritores franceses que se dan á pintar costumbres españolas; que, según la facilidad con que las pintan, no parece sino que ellas se pintan solas, ó que para meterse en tales dibujos los franceses se pintan solos.

Si por casualidad, *par hasard*, como decís en vuestro país (*para asar*, como debiera yo decir para devolveros los honores que hacéis á nuestro idioma), no os encontráis á la sazón en Babia, tanto peor para vos, que no estaréis en vuestro centro.

Para mí es totalmente igual, porque confío en que recibiréis mi carta, cualquiera que sea el lugar de vuestra residencia.

Vuestro nombre debe ser tan conocido en Francia como los de Antón Perulero y Calafnos en España, por más que hasta ahora no hubiese traspasado nuestra frontera. A mayor abundamiento, me he permitido saltar por encima de los Pirineos de la verdad para agregar á vuestro nombre el apodo de *literato*, con lo cual no podrán los cartereros equivocaros con otro Sauvenière menos *remarcable*.

El objeto principal de esta misiva es darme tono

con mis compatriotas, haciéndoles ver que me *carteo* con una celebridad literaria; pero no *haced* uso, os ruego, de esta confesión mía, Mr. de Sauvenière, y vamos al objeto secundario.

Habéis escrito, en un suplemento de *Le Figaro*, un artículo delicioso sobre costumbres españolas; un artículo que empieza en los Campos Eliseos de París y acaba en la Plaza de Toros de Madrid... No sé por qué, me figuro, conociendo ya la muestra de vuestros escritos, que todos ellos podrían muy bien acabar en el mismo redondel.

Con el ingenioso pretexto de describir la fisonomía de nuestra capital en los días de Semana Santa habéis hecho un *chef-d'œuvre* (no sé á punto fijo si se dice así ó si debe decirse *hors-d'œuvre*), un trabajo de fuerza, que podría perfectamente figurar entre los *trabajos forzados* de la literatura contemporánea.

Os felicito por ello en nombre de un inmenso número de compatriotas míos; de todos aquellos que se divierten (*pour le bon motif*, por supuesto) con los literatos de vuestro calibre; de todos los que se solazan con el género bufo; de todos los que aplauden en los circos las *bizarrierías* de los payasos y en los teatritos de verano las travesuras de los polichinelas.

Bien sé que hay periódicos españoles que han tratado de ridiculizaros y han rebuscado en vuestro artículo inexactitudes y desatinos para sacarles á la vergüenza.

No negaré que hayáis incurrido en alguna falta al hablar de nuestro país; pero antes que vos, Mr. de Sauvenière, cometieron faltas y sobras *ejusdem furfuris* literatos tan distinguidos como Teófilo Gautier, Roger de Beauvoir, Alejandro Dumas (padre) y otros muchos que de nuestras cosas se han ocupado.

Sin embargo, yo declaro lealmente que en éstos me parecieren imperdonables y hasta indignas las mentiras que en vos hallo disculpables y hasta *entretidas* (siempre en el buen sentido de la palabra).

Os diré la razón con tanta franqueza como os la diría cualquier *torador* de los que habéis conocido en España: Dumas, Beauvoir y Gautier eran literatos de ingenio, y no hubieran necesitado acudir á chocarrierías y estúpidas invenciones para hacer agradables sus escritos; al paso que vos, Mr. de Sauvenière, que carecéis de todo ingenio (á menos que no tengáis alguno en la Isla de Cuba), estáis en vuestro derecho acudiendo á suplir esa falta con episodios novelescos y fábulas extravagantes que nos han divertido mucho.

En primer lugar, ha sido ya en vos un conato de ingenio (aquí decimos *camelo*) titular vuestro artículo UNA SEMANA SANTA EN MADRID, y concluirle sin decir nada de la Semana Santa. Es como si entrase uno en la fonda y le sirviesen un *civet* sin liebre, una *paella* sin arroz ó una ración de pavo *truffé* sin trufas y sin pavo. A mí me ha hecho esto mucha gracia.

No quiero escatimaros, como lo hacen varios periódicos, el alcance de vuestra vista, que desde el tren divisó el contorno de la capital de España antes de cruzar, acompañado de vuestro amigo Enrique B., las montañas de Guadarrama y de alcanzar á ver el *château* del Escorial. Ya podéis decir que habéis visto *châteaux en Espagne* en una forma verdaderamente plástica.

En lo que han querido daros una broma de mal género, es en deciros que durante los cuatro días, del Miércoles al Sábado Santo inclusive, no se ve por las calles de Madrid ni un coche, ni un ómnibus, ni un caballo, ni siquiera un asno... ¿Pues no estáis vos y vuestro compañero aquellos días en la calle, para convencerlos de que os habían engañado?

Los periódicos á que he aludido os han puesto también de *oro y azul* porque habéis visto *alabarderos* uniformados de azul con oro y porque el Jueves Santo acompañasteis á la regia comitiva á visitar las iglesias de San Luis y de San Alfonso y de Atocha; y porque vistéis monjes más ó menos seculares y penitentes negros en la procesión del Viernes Santo.

Tampoco os perdonan la descripción del *traje nacional* de las madrileñas; pero todo esto lo hacen de pura envidia, porque la lindísima Mercedes la Malagueña se prendó de vuestro amigo Enrique, arrojando la cólera celosa de su novio José Sánchez, *banderillo* de la cuadrilla del *matador de corrida* Lagartijo.

Os zahieren por haber dicho *banderillo*, en vez de *banderillero*, sin tener en cuenta que desconocéis en absoluto nuestro idioma, que, después de todo, maldita la falta que os hace para conocer y describir nuestras costumbres.

Aquí, en confianza, os diré que esos mismos que se ríen del *banderillo* y de los *picadors* cometen faltas garrafales cuando quieren intercalar alguna palabra francesa en sus escritos. Yo, sin ir más lejos, he querido alguna vez alardear de golófilo hablan-

do de vuestros *matadores literarios* con el mismo *élan* que vos habláis de nuestros *matadores taurinos*, y he soltado cada despropósito que mete miedo. Recuerdo haber llamado en una ocasión *omelettes* á los *hommes de lettres* que han descrito con tanto desparpajo como vos nuestras costumbres. Otra vez bauticé á tales escritores con los nombres de *écrivassiers* y *écrivailleurs*, y cuando comprendí el disparate que había cometido y supe, por conducto del Diccionario, que se decía *écrivains*, quise emplear esta palabra y me resultó una especie de *calembourg*: *écrivins-vains*.

He querido haceros esta confesión de ignorancia supina de vuestro idioma para demostraros con esta franqueza que los elogios que os prodigo son tan sinceros como la pintura que vos hacéis de vuestras costumbres: *Suum cuique*... (Os ruego que no abuséis de esta frase castellana en vuestros artículos sobre España.)

Vuestro amigo Enrique B. ha dado pruebas de no conocer tan á fondo como vos las costumbres toreras cuando no tembló en presencia de un *banderillo* de carne y hueso. Vos le dijisteis: «Mira lo que haces, porque los toreros son todos celosos y tentados de la ira;» pero Enrique siguió mirándole como si tal cosa. ¿Qué serenidad!.. Y eso que estabais solos los dos en la calle de Alcalá y en pleno día...

Una de las cosas que más nos han gustado de vuestro artículo, monsieur de Sauvenière, es la escena del Viernes Santo. Vuestro amigo Enrique acude á la cita que la *maja* Mercedes le ha dado en la Carrera de San Jerónimo á la hora del paseo. Llegó, la vió, la habló y la paseó... Aquella felicidad duró ¡ay! pocos instantes. Las felicidades toreras y las rosas viven muy poco, como ha dicho uno de vuestros *diestros* literarios: *l'espace d'un matin*.

El implacable *banderillo*, el Nino de aquella Semiramis andaluza, se separa, receloso y marrajo, del grupo de toreros con quienes conversaba, al ver á su infiel amante entablada con el francés; toma los avíos foráneos de matar, reducidos á una navaja incommensurable, se va hacia Mercedes y... ¡zas! la hunde el acero en el pecho fementido...

¡Ah! ¡Con qué valentía y con qué verdad habéis pintado, monsieur de Sauvenière, aquella sangrienta catástrofe! No parece sino que habéis pasado toda la vida en un matadero. Así, así deben ser los escritores franceses; así deben ser los *banderilleros* madrileños, y así deben ser las *majas* malagueñas.

Que sois un escritor de inventiva á la par que concienzudo, se echa de ver en todos y cada uno de los detalles de vuestro artículo; pero lo habéis acreditado mucho más en el *truc* final.

Habéis venido á Madrid á ver la Semana Santa, y no podéis regresar á París sin asistir á una corrida de toros. ¿Cómo presentaros ante la estatua de Figaro que adorna el frontispicio de vuestra Redacción sin llevar en el *carpet* una veintena de apuntes para describir una fiesta taurina?

Luchabais, ya lo sé, con un grave inconveniente: necesitabais estar en París antes de que se verificase la corrida, y teníais al mismo tiempo el deber de dar cuenta de ella á los lectores del diario, con tanta más razón cuanto que el desenlace del drama, cuya exposición hicisteis en las calles de Madrid, tenía forzosamente que realizarse en la Plaza de Toros.

Si por casualidad hubieseis tenido ingenio (no es más que una hipótesis), la situación no era inabordable; hubierais podido salir del paso, como salen del suyo en ocasiones los *matadores* de cartel: por medio de un *golletazo*. Pero, ya se vé, carecíais de aquel adminículo y... sacasteis la media luna.

Hicisteis una corrida de toros fantástica para uso de los suscritores de *Le Figaro*. Así, ni éstos quedaron defraudados en sus esperanzas ni quedó incompleta la novela de *«El banderillo homicida»*.

Por lo visto sabíais ya que los toreros en España son inviolables durante el ejercicio de su elevada misión; es otra de nuestras costumbres que habéis estudiado con mucho aprovechamiento. Por eso, cuando el *banderillero* de toros y *matador* de malagueñas, Pepe Sánchez, se presentó en el redondel con el resto de la cuadrilla, observasteis (nada se escapa á vuestra penetración) que la plaza estaba atestada de guardias civiles para prender al torero cuando terminase la corrida.

Pero también habréis visto que en España, como en Francia y en la China, el que hizo la ley hizo la trampa. Al *banderillero* le aguardaba el patíbulo (porque el estudio que habéis hecho de nuestro Código penal os ha enseñado que el homicidio simple se castiga irremisiblemente con la pena de garrote), y para librarse de él discurrió una treta digna de un autor de *vaudevilles*: dejarse coger por el toro y morir en la arena como un héroe...

¡Qué lástima, Mr. de Sauvenière! Con un pequeño esfuerzo de imaginación que hubieseis he-



cho, casi casi hubiera llegado á resultar ingenioso este desenlace. Y aun hubierais podido terminar ese artículo de costumbres, á guisa de folletín del *Petit Journal*:

«Mercedes queda vengada.

»El asesino castigado.

»La vindicta pública satisfecha.

»Las leyes penales eludidas.

»La novela terminada.

»Y mi amigo Enrique B. escarmentado de perseguir majas por las calles de Madrid.»

Perdonadme, Mr. de Sauvenière, si esta carta ha salido, al correr de la pluma, más larga de lo conveniente. Muchas cosas me dejó por decir en alabanza de vuestro boceto de costumbres españolas; pero fuerza es terminar para no herir vuestra modestia. Sin embargo, no lo haré sin ponerlos al corriente de un detalle que toca á nuestras *malas costumbres*.

Es una de éstas tomar por lo serio las *banalidades* de los escritores franceses que hablan de nosotros de la única manera que pueden hacerlo y que han aprendido: como los papagayos.

No aludo á vos, por supuesto, que estáis muy por encima de todos, sino á aquellos de quienes un compatriota mío, *monsieur Villergas*, decía hace muchos años:

Estas cosas he visto y, sin embargo,  
Nunca las di valor, pues me hago cargo  
De la chispa traviesa  
Y el carácter ligero  
De la nación francesa,  
Donde el hombre más rígido y austero  
Rinde culto al feroz charlatanismo,  
Y por brillar ó por ganar dinero  
Se burla de su padre y de sí mismo.  
Pruébanos este aserto la experiencia,  
Y así la desdenosa indiferencia  
Sigue al francés, que, afable ó inclemente,  
Se ostenta amigo ó enemigo ardiente  
Y en denuestos ó aplausos se desata,  
Porque se sabe bien que de esta gente  
Ni el dulce llena ni el veneno mata.

BLAS.

M. RDO. P. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

OBISPO ELECTO DE OVIEDO



ACIÓ el P. Ramón León Martínez Vigil el 12 de Setiembre de 1840 en Santa María de Tiñana, parroquia pintoresca situada á una legua de Oviedo, y célebre ya en el primer concilio Ovitense por haber sido dada en congrua sustentación al obispo de Tría. Cuando sólo tenía nueve meses de edad trasladáronse sus padres á Laviana, donde acabaron sus días en una posición decorosa, y sobre todo honrada.

Terminados los estudios de humanidades, osciló algún tiempo su vocación entre las carreras de la Iglesia y de las armas. Las glorias de las misiones de Oriente fijaron su vocación, y á la edad de diecisiete años el joven asturiano llamó á las puertas del colegio que la Orden de Predicadores tiene en la villa de Ocaña, en cuya Orden permanece aún amado y considerado. En este Colegio hizo sus estudios de Filosofía y parte de los teológicos, teniendo por catedráticos al conocido escritor P. Morán y á los obispos Sres. Cuartero y Carreras.

Ordenado de sacerdote á la edad de veintitres años, pasó á las islas Filipinas en 1864 por el Cabo de Buena Esperanza, desempeñando en la travesía la cura de almas de numeroso pasaje. Veinte años han transcurrido, y no se ha enfriado la afección que muchos de los viajeros cobraron á su párroco de cuatro meses de marítimos azares.

Los Superiores de Manila destinaron al P. Martínez Vigil á la universidad de Santo Tomás, donde terminó sus estudios teológicos bajo la dirección del P. Zeferino González, hoy arzobispo de Sevilla, y recibió el grado de doctor en Filosofía y Teología para desempeñar las funciones del profesor. Aquí comienza la vida exterior y pública del electo obispo de Oviedo.

Doce años duró esta primera fase de la vida de acción del P. Martínez Vigil, pero doce años llenos y aprovechados por un trabajo constante que pocos pueden soportar en aquel clima ardiente. Encontrábasele en el confesonario desde las cinco de la mañana, empleaba el día en la cátedra, en el púlpito, en los gabinetes y biblioteca de la Universidad, ó en las oficinas del Estado, facilitando y activando el despacho de los múltiples negocios que el clero de provincias y su corporación le confiaban en beneficio de la Iglesia; por la tarde visitaba á sus penitentes enfermos, y pasaba la primera parte de la noche en la oración y el estudio y en acudir á las Juntas administrativas ó consultivas de la capital, de las que formaba parte. Los domingos, antes de medio día, consagraba dos horas á los amigos seglares, que nos han revelado estos y otros detalles.

Vida así metodizada, y animada además por una inteligencia superior y de concepción fácil, había de ser fecunda. Al terminar el primer curso de enseñanza, el P. Martínez publicó la primera equivalencia que vió la luz pública en el Archipiélago de las pesas y medidas locales con el sistema decimal.

Poco después inauguró el *Museo de Historia Natural*, colección escogida de los tres reinos de la naturaleza, con ejemplares que él mismo recogía en los meses de vacaciones,

ó que le remitían los religiosos y los amigos de las provincias. Hacemos mención de este gabinete, porque sabemos que es completísimo, y que en su clasificación gastó el P. Martínez Vigil mucho aceite y mucha vida.

En medio de estas tareas el P. Martínez Vigil desempeñó siete años el negociado de la administración de su instituto como secretario provincial; dirigió la Tercera Orden, y escribía en periódicos y revistas, y componía libros de instrucción y devoción.

La marcha de los Institutos religiosos en Filipinas va completamente unida á la gestión administrativa oficial. La revolución de Setiembre había repercutido en las Islas, é importábase además la *Gaceta*: libertad de cultos, desahucio del clero, laicización de la enseñanza, incautación de bienes eclesiásticos, invitación á los regulares á tomar los *aires del siglo*, reducción de los estipendios del clero parroquial, obispos intrusos! tales fueron, entre otras, las medidas *salvadoras* que se ocurrieron á los *gobernantes* de entonces, saludadas con entusiasmo por el fuego de la artillería y la bandera roja, que dominaron por breve tiempo en el castillo insurrecto de San Felipe de Cavite. El P. Martínez Vigil era secretario del Provincial, gozaba además de la confianza del arzobispo de Manila, y su tacto social y el puesto distinguido que había sabido labrarse en la Universidad le llevaron á intervenir con gran fruto en muchas de esas contiendas.

Donde, aparte del ministerio del púlpito y confesonario, desplegó el P. Martínez Vigil su actividad y su celo, fué en la reorganización de la universidad de Manila, á la que profesa cariño entrañable. Ya hemos dicho que formó y coleccionó por sí mismo el Museo de historia natural. Añadiremos que redactó, no sólo los reglamentos y programas porque se rige la institución, con cuantos informes, dictámenes y consultas se hicieron necesarios para vencer dificultades, sino que á su iniciativa en mucha parte se deben las mejoras introducidas en las Facultades antes existentes, el establecimiento de toda la segunda enseñanza, de las Facultades de Medicina, Farmacia, escuela del Notariado, y de los gabinetes, laboratorios y anfiteatros. En servicio de la Universidad principalmente vino dos veces á España, y en su defensa y mejora se ocupa aún con constancia.

Al frente de los asuntos de su Orden en esta Corte desde 1876, pues desempeña la procuración del general de la Orden, de las provincias de España y Filipinas, y de los religiosos extranjeros refugiados en la Península, se ha abierto paso fácil en las dependencias del Estado, y encontró en todos los partidos singulares simpatías.

Amante de los indios filipinos, trabajó en su obsequio y fué ponente en la debatida cuestión del tabaco. A una entrevista suya con el Sr. Cánovas se debe la hospitalidad otorgada á los regulares extranjeros; estableció los estudios del Real Seminario de Vergara, fundó el Colegio de Niñas de Albacete, reedificó la procuración de la calle de la Pasión, restauró con gusto exquisito la iglesia de la misma, y estableció en ella un culto regular, decoroso, y sobre todo devoto. Los habitantes del Rastro tienen una capilla que envidian los del centro de Madrid. Allí se complace el Padre Martínez Vigil en oír las confesiones de sus pobres vecinos, en exponerles la divina palabra y en socorrerles en sus miserias.

En medio de estas tareas y de otras publicaciones menos importantes, el P. Vigil imprimió en la Corte algunos discursos, libros de piedad, un *Diccionario de los nombres vulgares de las plantas de Filipinas*, un *Curso de Historia Natural, Fisiología é Higiene*, colaboró eficazmente en el *Santoral Español*, y tiene actualmente en prensa otro libro, segundo del *Ensayo de una biblioteca de dominicos españoles*.

En LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha publicado algunos artículos, porque el P. Martínez Vigil es pródigo de su trabajo, incansable en favorecer toda obra buena.

El carácter del P. Vigil es franco, atento y cariñoso; por eso tiene muchos y buenos amigos. Es seguro que muy pronto se captará las simpatías de sus diocesanos y se hará un lugar distinguido en el Episcopado español.

## LOS GRABADOS

GUIDO DE AREZZO ENSAYANDO SU MÉTODO DE CANTO EN PRESENCIA DEL PAPA JUAN XIX

(Cuadro de Bertini)

El famoso monje Guido ó Guy de Arezzo nació en esta pequeña ciudad de Italia, en el último decenio del siglo x, ignorándose el año, y también su nombre patronímico, por lo cual se le llama en Italia *Guido Monaco*; fué monje profeso en el monasterio benedictino de Pomposa, cerca de Ferrara, donde ejerció el cargo de maestro de música y canto de los novicios, cargo difícilísimo entonces por la oscuridad de las reglas teóricas y el mal sistema de notación musical; llamado á Arezzo, su patria, por el obispo Theobaldo, escribió su *Micrologus de disciplina artis Musicae*, y alcanzó tal renombre que el papa Juan XIX le obligó á ir á Roma para conocer por sí mismo el nuevo método del fraile aretino; éste, empero, atacado en breve de la *malaria*, dejó la Ciudad Eterna y regresó á su antiguo monasterio de Pomposa.

Desde esta época el más denso velo cubre la existencia de Guido de Arezzo, del cual sólo se tiene alguna escasa noticia por las dos cartas suyas que publicaron Baronió y Mabillon en sus *Annales*: según unos, murió en 1047, siendo abad del monasterio de Pomposa, ó del de Fonte Avellana, cerca de Gubbio; según otros, murió en Bremen (Alemania) á donde había sido llamado por el arzobispo Herminio, en 1050.

LA ILUSTRACIÓN ha celebrado esta obra, que debe considerarse como modelo en su género.

Las obras de Guido son cinco, aunque se le atribuyen otras cuatro, y han sido publicadas por el abate Gerber en su magna colección de *Scriptores ecclesiastici de musica sacra*, continuada por Coussemacher recientemente (1866-1876), siendo las principales, además del *Micrologus*, sus *Prólogos al Antifonario*, su carta *De ignoto cantu* y su tratado *De modorum formulis*.

Guido de Arezzo ha tenido panegiristas entusiastas y también inclementes detractores: aquéllos le atribuyen la invención de las notas, de la escala, de las líneas, de las claves, etc., y estos últimos se lo niegan todo, y aun llegan á decir que sólo había *guastato* la música; pero los críticos razonables y desapasionados no vacilan en afirmar que el monje aretino inauguró una era enteramente nueva á la música, sustituyendo el antiguo y oscuro lenguaje musical con reglas fijas y sencillas; inventando, ó por lo menos perfeccionando, el sistema de escritura musical con sujeción al principio que aun hoy día le sirve de fundamento, y facilitando el canto práctico y la entonación con el empleo de ciertas voces sacadas de los cantos más populares y conocidos.

Sabido es que para conseguir este resultado servíase del célebre himno á San Juan:

Ut queant laxis Resonare fibris  
Mira gestorum Famuli tuorum  
Solvi pollutum Labii reatum, etc.

en el que la sílaba inicial de cada hemistiquio tiene el nombre de las primeras seis *notas*; himno que ha sido completado con una estrofa por el maestro Arrigo Boito (el autor de la ópera *Mefistófeles*, recientemente oída en el Teatro Real de esta Corte), y que dice así:

Util di Guido regola superna  
Misuratrice facile de'suoni  
Solenne or tu laude à te stessa intuoni  
Sillaba eterna.

El comendador milanés José Bertini, uno de los más ilustres pintores italianos de nuestros días, es el autor del precioso cuadro de nuestro grabado, destinado á conmemorar el centenario de este célebre monje, al cual se ha levantado una estatua en Arezzo, su patria. Y el Gobierno italiano, á pesar de su impiedad notoria, ha tenido que contribuir con este monumento á la gloria de un pobre fraile.

ORLA DEL DEVOCIONARIO DE FELIPE II EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA DEL ESCORIAL

Pasan de cuarenta y seis los devocionarios, misales y breviarios que posee esta Biblioteca procedentes de reyes y personajes ilustres, y notables además por su rica ornamentación, hermosura de letra, perfección de miniaturas y novedad de sus encuadernaciones. Las orlas del devocionario de Felipe II son preciosas, como puede verse en el grabado y en otras del mismo libro que poseemos. El Renacimiento ensayó en él sus más bellos adornos.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

Cuadro de N. Hirt de Munich.

Siempre, y en casi todos los pueblos, han sido consideradas y queridas las golondrinas, mensajeras de la primavera. En muchos países es costumbre que al comenzar esta estación los niños vayan de casa en casa con una golondrina en la mano, cantando la canción que lleva este nombre, y recibiendo dulces y otras golosinas en pago de su visita. En las costas del Adriático y en la baja Alemania, donde se conserva muy respetada esta costumbre, la *canción de la golondrina* es la siguiente.

— La golondrina está de vuelta: ya torna á nuestros hogares, mensajera de la primavera y de los días hermosos. Su pecho es blanco y su espalda negra. ¿Recibiremos hoy algún don de tu casa ó no sacaremos nada? Será para tí una dicha si nos das algo, porque de otro modo no te quitaremos nada menos que tu casa. Es pequeña, fácilmente nos la llevaremos... Vamos, dadnos alguna cosa y dadnos en abundancia. No somos ancianos, es verdad, pero somos niños. Dadnos algo, que la golondrina ha vuelto.

La golondrina es objeto también en nuestro país de cierta veneración, pues una bella leyenda supone que las golondrinas arrancaron con su pico las espigas que taladraron la cabeza de Jesús en la Cruz. De ella cantó nuestro inolvidable Selgas:

Ave de incansable aliento,  
Que atrás en su vuelo extraño  
Se deja el rápido viento;  
Ave impaciente que al año  
Cruza dos veces la mar.  
Ave que dice sus quejas  
En breves notas al río;  
Ave que bajo las tejas  
Del antiguo caserío  
Vuelve su nido á colgar.  
Ave llena de misterio,  
Que al morir la tarde canta  
En la cruz del monasterio  
Que atrevido se levanta  
Sobre el rasgado peñón.

El cuadro de N. Hirt de Munich es bellísimo, y representa una escena primaveral en que toman parte los niños y las golondrinas. Es un cuadro que alegra la vista y enternece el corazón.

ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN ESTA CORTE

Damos la vista de este hermoso edificio que la caridad está levantando, desde hace tres años, en las afueras de Ma-



drid, y que será uno de los más bellos del barrio de Salamanca. Se comenzó sin recursos por la intrepidez y celo evangélico de una ilustre dama, Doña Ernestina M. de Villena, y ya se halla casi concluido. La Providencia, que bendice y hace fecundas todas las obras verdaderamente buenas, ha hecho maravillas con este Asilo, sirviéndose de las damas piadosas que forman su Junta y siguen los hermosos ejemplos de su presidenta.

Aún falta mucho; pero la caridad, que ha hecho lo que se ve, no dejará la obra sin terminar, coronando tantos y tan nobles esfuerzos.

El arquitecto es el Sr. D. Francisco Cubas, tan hábil artista como buen cristiano.

## UN DISCURSO

DEL ILMO. P. FR. TOMÁS CÁMARA

OBISPO AUXILIAR DE TOLEDO

(Conclusión)

Y en justa alabanza á mi escuela agustiniana, séame lícito recordar no más que las mismas frases de estima al habla castellana y defensa de sus dotes que se leen, como sabéis, en el Prólogo á la *Conversión de la Magdalena* de aquel clásico agustino Malón de Chaide, y lo mismo en sustancia se repite en el Prólogo al *Tratado del Amor de Dios*, debido á la también clásica y elegante pluma del P. Cristóbal de Fonseca, del Orden de San Agustín. ¡Ah! ¡Defiendan nuestros soldados los derechos y preeminencias de la Patria; mientras otra sagrada milicia subsista, no le faltarán tampoco cultivadores de su lengua y valerosos apologistas de su saber! Los sacerdotes que sirven en el altar divino servirán también en el templo de la sabiduría avivando el fuego sagrado de las ciencias patrias, para que ante la imagen veneranda de España, ante su armonioso, divino decir, inclinen respetuosos los pueblos su cabeza (a).

¿Sí? ¿Aplaudís entusiastas á los defensores del idioma patrio, á los que le encumbraron á cantar las glorias del Altísimo y glorificaron por manera tan admirable?

Pues esos aplausos, todas esas aclamaciones las reclamo de justicia para el primer apologista de la lengua española, Fr. Alonso de Orozco. ¡Ah! Conociáis los bellos períodos del maestro salmantino, afamado en todo el mundo, y los de sus insignes hermanos Chaide y Fonseca, y vitoreabais sus nombres... antes que Fonseca y Malón de Chaide, antes que Fr. Luis de León, admirados — con motivo de un libro escrito é impreso en Valladolid — el entonces Prior de San Agustín y real predicador, P. Orozco, decía textualmente: «No os dé pesadumbre, sabio lector, ir por vía de sermones este libro; pues no os la da oír cada día predicar. Sabed que San Crisóstomo, San Atanasio, San Basilio y otros doctores griegos de gran erudición y autoridad en su vulgar escribieron sus sermones y homilias, y después fueron traducidos en latín. Muchos predicadores italianos escribieron sermonarios en su lengua toscana. Cada nación usó mucho escribir su propia lengua: solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tenemos en poco lo que se escribe en nuestra lengua, siendo la que más estimada debe ser en elegancia y perfección después de la latina <sup>1</sup> ».

Ya lo habéis oído: que «solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tienen en poco su lengua, siendo tanto más de lamentar cuanto que es la más elegante y perfecta entre las vivas. » ¡Tal es el dicho de un fraile santo y sabio!

Y diciendo y haciendo, apenas oyó la voz del cielo que le ordenaba empuñara la pluma, de un vuelo, como las águilas, se remontó á las alturas escribiendo su primer libro intitulado: *Vergel de oración y monte de contemplación* <sup>2</sup>. Todavía no era nacido San Juan de la Cruz, la virgen abulense vivía en la oscuridad y Fr. Luis de León empezaba á saborear los libros, cuando el Beato Orozco, heredero del espíritu de Santo Tomás de Villanueva y Beato Montoya, declaraba sus arrebatos místicos y las concepciones nobilísimas de su espíritu en brillantes períodos del habla castellana. El fué el primero en levantarla de los hogares y salas domésticas, de las calles y plazas, de los arroyos y selvas de Garcilaso, de las oficinas áulicas de Guevara, á las elevadas regiones de la contemplación, y allí, ennoblecida, escuchar los gemidos del alma, ser la guía y limpio espejo de la inteligencia, pintura y retrato de la hermosura de la gloria (b).

Y siguiendo sereno su noble carrera, no había acabado de dar á la estampa el *Monte de contempla-*

*ción* cuando anunciaba en sus últimos puntos que el libro *Memorial de amor santo* estaba concluido.

¡*Memorial de amor!* Cicerón, señores, no pudo pronunciar esa palabra dulcísima, expresión del afecto más regalado y noble del hombre, sin mancharse los labios; porque la sociedad de Roma pagana, con todo el oropel de una cultura sensual, no sabía dedicar las afecciones del corazón sino á livianas ilusiones de la tierra. Brilló el Catolicismo en el mundo, radiante todo de dignidad y pureza, sonó el grito de *sursum corda!* y la mirada del hombre, antes degradada, se fijó en lo alto de los cielos; y su corazón, antes envilecido, suspiró por una belleza y bondad infinita; y la palabra *amor* salió de boca de nuestros místicos toda limpia y hermosa, coronada hoy de flores en los idiomas de las naciones civilizadas.

¿Podré yo ahora ponderar la ternura de las voces, y la limpieza y castidad de las frases, y lo dedicado y sabroso del sentir, todo en un estilo manso y apacible, y cada una de las prendas del *Memorial de amor santo*? ¿Y la viveza, el fuego que anima aquellas encendidas, sacrosantas páginas? Notad sus llamaradas: «¡Oh escuela de sabiduría infinita, buen Jesús! dulzura de nuestras almas, piélagos de aquellos secretos eternos y abismo de sacramentos inefables! Suplícote humildemente me concedas que nada mi alma sepa sino á tí, sabiduría del Padre; nada le sea suave sino Vos, maná escondido, dulzura de los ángeles. Todo me sea penoso, todo tenga sabor de hiel, todas las cosas me sean como luto y tristeza; solamente me dé contento y alegría presentarnos en mi corazón puesto en la Cruz por mi salvación y rescate, en ella muerto y enclavado; imitando á ese vaso de elección, San Pablo, cuya ciencia y alegría era contemplaros en la cruz <sup>1</sup> ».

Bastaran estos dos libros, escritos antes del 1550, para laurear la memoria del elevado y castizo escritor; pero ¿qué corona habremos de tejerle, añadiendo que las joyas literarias con que enriqueció su lengua patria son casi innumerables?

Ticknor (por cuanto los extranjeros han de venir á decirnos que somos ricos y grandes!) no nombró de Fr. Alonso de Orozco más que la *Historia de la reina Sabá*, y con sólo hojearle por encima hallaba ya semejanza con la espléndida y pintoresca *Conversión de la Magdalena* <sup>2</sup>. Nuestro crítico de la literatura española, Amador de los Ríos, en la ligerísima reseña que dedica al siglo xvi, tropezó sólo con otro libro del Beato, sus *Confesiones*, y asegura que «revelando el autor las vacilaciones de su espíritu y las místicas visiones que le conturbaban y fortalecían, no dejaba de lograr en sus calurosos apóstrofes el tono de la verdadera elocuencia <sup>3</sup> ».

El anotador de Ticknor, Sr. Gayangos, dijo á su vez que «Orozco escribe con pureza de dicción, y quizá su obra más notable fuese el *Epistolario cristiano para todos los estados* ». De forma que cada crítico, el libro que del sabio agustino cayó en sus manos, le señala como modelo de literatura.

Y olvidaron dichos escritores hablar de la *Regla de vida cristiana*, *Examen de la conciencia*, *Desposorio espiritual*, *Crónica de la Orden*, *Regimiento del alma*, *Las siete palabras de la Virgen*, *Victoria del mundo*, *Arte de amar á Dios y al prójimo*, *Ejercitatorio espiritual*, *La vida de San Juan de Sahagún*, *Catecismo provechoso*, *Libro de la suavidad de Dios*, *Libro de las vidas de los dos Juanes*, *Victoria de la muerte*, *Tratado de la Corona de Nuestra Señora*, la *Guarda de la lengua* y *Gratitud cristiana*, sin contar varios otros opúsculos, y pasando en silencio por supuesto sus obras latinas, que forman otros tantos volúmenes que las castellanas. De éstas hizo la *primera recopilación* en Valladolid en 1554, junto á San Andrés, por Sebastián Martínez, precioso volumen gótico de á folio. Y tantas, á la cuenta, habían sido las ediciones, que el Venerable autor hubo de confesar en el Prólogo que recogía sus libros en sólo un volumen, parte por importunaciones ajenas, parte también «por el descuido de los impresores, que de tal manera los habían estragado que cierto no los reconocía por suyos ». En 1566 se repitió la edición vallisoletana en Zaragoza, donde da la razón para ello el nuevo editor de que «las obras eran tan provechosas, de tanta doctrina espiritual, con soberana elocuencia tratadas y con tan subido estilo, que cuando otra cosa no tuvieran sino la *policía de nuestra lengua*, los que le son aficionados estarían obligados á no dejarlas de la mano ». Y agotada tercera vez la impresión, se estampó la cuarta en Alcalá en 1570, añadiendo las hasta entonces publicadas. Y ¿cuántas veces no se tiraban también separados otros libros suyos, como la *Historia de la reina Sabá*? Sesenta

páginas, señores, en 4.<sup>o</sup> prolongado y letra de notas, como quien dice un libro, hemos debido dedicar para dar noticia de las diferentes ediciones de sus obras. Y todavía no han visto la luz inestimables tratados suyos, que por milagro se han salvado en el naufragio universal que padecieron las letras españolas con la exclaustración de los regulares. Por eso el gran Márquez, río y rayo de la elocuencia que le apellidaron sus coetáneos, y lo proclaman mejor sus inestimables producciones, bien leídos los escritos del bienaventurado religioso forma de ellos el siguiente juicio crítico: «Es, dice, el Venerable Padre agudo en las sentencias, propio en las palabras, suave en el estilo, casto en las frases, no forzado en las metáforas y nada inferior en romance y latín á los que con mayor primor escriben en una y otra lengua <sup>1</sup> ».

Si después de estos testimonios fuera permitido consignar el más pobre y desautorizado, repetiríamos aquí algo de lo que más á la larga hemos expuesto en el libro que de la *Vida y Escritos* de este asombroso autor há poco publicamos.

Con el amplio catálogo de sus obras en la mano, y la demostración de sus embargadoras ocupaciones, afirmábamos que érale indisputable la palma de escritor fácil y fecundo. A la dote primordial de su fecundidad, añadimos, como allegada suya sin duda, únese la manera suave y clara de explicar verdades altísimas y profundos misterios.

Persuadidos estamos de que no se hallará en sus obras un pensamiento oscuro, ni siquiera difícil, ninguna frase violenta, ni palabra rebuscada. Y de seguro que si bien su lenguaje no es sobremanera primoroso y atildado, más muy lejos de dar en el extremo de hacerse trivial, le mantiene constantemente terso, limpio y elegante. No se admirará en sus escritos la pompa y artificio de Granada, el número y compás de Fr. Luis de León, la traza y el gusto de Fonseca; pero se aspirará imperceptiblemente deleitoso aroma de suavidad é inexplicable ternura de afectos que saben á gloria. Hijos más de su corazón tiernísimo y amable que de planes de la inteligencia son todos sus libros, nacieron al calor de una alma abrasada en el amor divino, llevada del sentimiento y de la inspiración. Son como flores espontáneas, donde apenas se echa de ver la mano del hombre; por eso, no habiéndose hecho violencia su autor, salieron todos vivo retrato de su carácter llano, modesto y apacible.

Los escritores atildados, que ponen todo su esmero más en la gracia de la palabra y el recorte de la frase que en la brillantez del pensamiento, sobre infelices y fríos, son además, en sus escasas producciones, extremadamente desiguales. Es su andar como á saltitos, y que, ora luciendo primores, vuelan pomposos por los aires; ora, faltos de inspiración y equilibrio, los vemos vergonzosamente derribados en el suelo. No así el bienaventurado Orozco: por lo mismo que escribe de la abundancia de su entendimiento y corazón mantiene constantemente la tersura é igualdad de estilo, hasta lograr que sea su habitual y característica prenda. Su rico caudal y afluencia perenne en el decir asemejase á las tranquilas y nunca desbordadas corrientes brotadas de las bien surtidas entrañas de la tierra, no á los torrentes engendrados por las tempestades de la atmósfera, hinchados y soberbios unas veces, menguados y pobres las más, nunca provechosos ni fertilizadores.

Y si el fuego de su pecho se aviva, y consúmele el celo de la salvación de sus hermanos, ó rompe en llamaradas de amor divino, brotan tan naturales y oportunos sus gemidos y anhelos que, al escucharlos, se sentirán conmovidos los lectores; pero nadie habrá notado que el siervo de Dios esforzó su pecho y habla con acento más subido ó desusado. A tal punto llega esta su cualidad admirable de templanza é igualdad de ánimo, que, llevándose sus primeras obras de las últimas medio siglo, dictadas unas á poco del hervor de la juventud, otras en la firmeza de la virilidad, otras en la inconstancia de la vejez, todas, no obstante, parecen nacidas de un solo, maduro y nada laborioso parto.

Setenta y seis años contaba cuando dió á luz el libro que intituló *Suavidad de Dios*. Los tesoros aquí encerrados de la misericordia divina, el ingenio y ternura regalada con que los descubre, el amor y afecto dulcísimo con que convida á gustarlos, no son para descritos. Fecundo es el argumento para un amante de Dios, y el bienaventurado se aprovechó de él para desahogar su pecho iufamado: y cuando tocando ya en la ribera de la patria celestial vislumbraba su apacibilidad, riquezas y deleites, explicábaselos á los hombres por manera suavísima y encantadora, á fin de levantarlos al deseo vehemente de gozarlos.

<sup>1</sup> Cap. xiv.

<sup>2</sup> *Historia de la literatura española*, seg. époc., trad. al castellano con adiciones y notas críticas por D. P. Gayangos y D. Enrique de Vendia. Tom. III, pág. 420.

<sup>3</sup> Pág. 354 del tomo VII. Madrid, 1865.

<sup>1</sup> *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*, Prólogo. Valladolid, 1556.

<sup>2</sup> Sevilla, 1544.

<sup>1</sup> *Vida del Venerable Padre*, cap. vi.



Oídle cómo pinta tan cuerdo y animoso anciano la paz del justo: «El buen cristiano, cumpliendo la ley de Dios, tiene paz en su conciencia, vive alegre y es muy favorecido cada momento de la gracia que Dios le comunica; ayúdanle los ángeles y favorécenle los justos con sus oraciones y ejemplos buenos. Así lo confiesa el Profeta David, y con breves palabras: *En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como con todas las riquezas del mundo*; y éste es el camino que aquellos desventurados ignoraron, camino llano, floresta apacible y paraíso en la tierra, del cual solamente gozan los amigos de Dios; pues como los pecadores van tan perdidos por los montes y desiertos trabajosos de sus pasiones, se olvidan de su cama. ¡Oh cama de reposo! Cama florida y llena de todo descanso, descansadero de los afligidos, Cristo, Señor nuestro! Miserable de aquel que de tí se olvida, porque jamás tendrá contento ni paz, y dichoso el que siempre se acuerda de tu vida trabajosa, de tu sangre y de tu gloriosa muerte, remedio del mundo y refrigerio de sus amigos <sup>1</sup>.»

Más aún: ochenta y ocho años alcanzaba ya, y admirad qué brío de espíritu sentía al comentar el dicho de San Pedro en el Tabor: *Señor, muy bueno es que nos estemos aquí*:

«Teniéndos a Vos, Criador nuestro, presente, este monte, que parece soledad, nos será vergel deleitoso; las chozas que haremos de los ramos de estos árboles tendremos acaso en más que ricos palacios reales. Cuando lloviere y nos mojaremos, será rocío de aguas de ángeles. Finalmente, si el sol con su calor nos diere alguna pesadumbre, con mirar ese rostro divino, á quien desean mirar los ángeles, tendremos regalado refrigerio <sup>2</sup>.»

Para decir bien es axioma indudable que es menester pensar mejor, juiciosa y sólidamente. La inimitable oratoria de los pueblos heroicos pidió siempre á los célebres pórticos y Academias de la antigüedad la fibra y fundamento de su elocuencia, y sabida es la frase del gran tribuno y príncipe de los oradores romanos en reconocimiento de cuanto debía á la Filosofía y á la Historia. Nuestros clásicos entendieron de igual suerte las reglas retóricas y los principios del bien hablar: de ahí que el mérito indisputable que avalora los escritos de que vamos diciendo contiénesse en un abundante caudal de doctrina, en su fondo todo macizo y sustancioso.

Limpios de hojarasca fantástica, osténtase en ellos la pujanza del saber por la pingüe savia que destilan. Sentencias de filósofos, imágenes poéticas, símiles de la naturaleza, y sobre todo avisos y documentos de Santos Padres, dictámenes de afamados teólogos, testimonios de la Escritura, consejos de historiadores, constituyen el nervio principal de sus sólidas enseñanzas; y esto enlazado y hermozeado por un entendimiento claro, aduciendo con oportunidad, tras de sus propios discursos, el peso de las autoridades más convincentes. Ábranse las páginas de esas obras alabadas por donde salga, y las nada escasas citas y testimonios, siempre traídos con buen acuerdo, mostrarán al lector la erudición con que su diligente autor fortalece y corrobora de continuo sus razonamientos.

No puedo resistir á la tentación de transcribir en este lugar un párrafo donde, á la vez que cita y corrige á los grandes filósofos, manifiesta su dicción

castiza y elocuencia majestuosa de nuestro dorado siglo. Puesto, señores, que no he aducido más que alguno que otro rasgo suyo por no molestaros, éste, aunque poco más largo, servirá de muestra para que vengáis en exacto conocimiento de las altas cualidades de Orozco. Dice así:

«Un sacerdote egipcio doctísimo, llamado Trimegisto, habló acertadamente cuando dijo: *el hombre es un milagro en el mundo*. No se pudo encarecer más la excelencia del hombre que llamarle un famoso milagro; pues su ingenio tan delicado inventa cada día tantas cosas, tan nuevas y tan maravillosas, que no tan solamente con su viveza hace que otros se admiren viendo la delicadeza y artificio que las obras de sus manos muestran, mas aun al mismo Artífice espanta el primor de la obra que saca de sus pro-

harto más alto al hombre y decirle *mundo mayor*, y no *menor* como este filósofo le llama, pues vemos, y la experiencia lo enseña, ser tan grande la capacidad del hombre que en un seno pequeño de su alma y en un rincón de su voluntad encierra todo el mundo, riquezas, honras y pasatiempos, y menospreciándolas por amor de Dios, nada le contenta, nada le harta. La razón le manifiesta así que la casa encierra en sí al morador, porque es mayor que no él. Pues si el hombre fuese menor mundo cabría en este mayor mundo, tendría su contento y felicidad en estas cosas del mundo. De manera que el apetito insaciable que Dios esculpió en el hombre para que nada de lo criado, ni todo junto, le dé entera y perdurable alegría y contentamiento, este mismo pregonera y declara ser mayor el hombre que el mundo, y tener su trono, su descanso y bienaventuranza asentada y librada no en otra cosa sino en su Criador y Señor <sup>1</sup>.»

Señores: si este pasaje os cautiva, y discurso tan sorprendente acerca de la ocurrencia del gran Estagirita os tiene embobados, más aún maravillaban al erudito Orozco las verdades altísimas que alcanzaron los sabios antiguos con sola la luz natural ¡Cuánto no le asombró Platón, al cual apellida divino! En el famoso convite del maestro de Aristóteles leyó admirado los bien descritos rasgos de la belleza sobrehumana, y los conceptos y cualidades de la hermosura divina. De esa suerte acaudalado, además de los tesoros inapreciables de las sagradas letras; con el oro copioso de la filosofía, las lecciones y preceptos de los eminentes artistas Tulio y Quintiliano (que él repite para enseñanza de los oradores), es como la pluma, regalada por los cielos, brotó la riqueza literaria que ponderamos.

Una circunstancia todavía para mayor asombro de este prodigioso escritor.

Fruto tan abundante como rico, ¿absorbería la vida toda y el tiempo todo del venerable Agustino? Persuadido estoy de que fué la tarea de su vivir que menos le embargó. Los preciosos momentos de su existencia disputábaselos toda la Corte; y entregado además el Santo al continuo ejercicio de la oración y las obras de misericordia, no gastó seguramente en esta labor otro tiempo y desahogo que el que la caridad le dejaba desocupado. La causa de entretenerse amigablemente con la pluma, y nutrir sus escritos con tan maciza doctrina, fuera del encargo de su Señora y venerada Madre, veniale de la profunda estima que profesaba á la sabiduría, considerándola como remedio el más eficaz para el bienestar de los hombres.

Coronemos estos apuntes é indicaciones con un testimonio suyo sobre todo encarecimiento valioso, que para honra de los sacerdotes y perpetua celebridad del Catolicismo quisiera ver grabado en láminas de oro. Decía así el real predicador P. Orozco á sus amados monarcas: «En una cosa sola fué escaso Alejandro, según dice Plutarco, y es en guardar para sí varones sabios. En dando al saqueo alguna ciudad de muchas que venció, decía á sus capitanes y caballeros: *Todo el oro y plata y riquezas que halláredes, tomadlas; guardadme solamente los filósofos y varones sabios, que los quiero para mí*. ¡Oh rey valeroso, sapientísimo monarca! ¿Quién te dijo lo que Salomón escribió: *La multitud de los sabios es la salud de la tierra*? Aprendan los reyes católicos de este rey, aunque infiel, teniendo en poco



M. R. P. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL,

Obispo electo de Oviedo.

pías manos. ¿A quién no admira el ingenio de un reloj, el cual de tan pequeña cantidad como una nuez mide la armonía y concierto del cielo, tan espacioso y tan grande como le crió nuestro inmenso Dios? El arte de navegar, cosa tan importante para la conservación y trato de los hombres, y aun para la predicación evangélica, y que el rey de los reyes nuestro Salvador sea conocido, adorado y servido de los indios y bárbaros, tan útil y provechosa, ¿á quién no pone en admiración? Pues la agudeza y arte de la impresión de los libros, adonde, poniendo las letras al revés, salen tan ordenadas y concertadas, ¿cuán grande señal é insignia son de tan alto ingenio del hombre? De manera que no sólo quiso aquel sabio intitular al hombre y llamarle obra milagrosa, sino el mismo milagro. Concierta con esta sentencia maravillosamente Aristóteles diciendo: *El hombre es menor mundo, porque es una cifra ó una abreviatura de todo este mundo*. Mas podríamos subir

<sup>1</sup> *Suavidad de Dios*, cap. XXIV.

<sup>2</sup> *Guarda de la lengua*, cap. XX.

<sup>1</sup> *Historia de la reina Sabá*, prólogo.



UNA ORLA DEL DEVOCIONARIO DE FELIPE II QUE SE CONSERVA EN EL ESCORIAL.

Ayuntamiento de Madrid





LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS.

las riquezas, y en mucho los sabios y letrados, pues de ellos dijo el rey Salomón que son la salud de todo el reino y aun de muchos reinos. *No tienen los Príncipes dineros mejor empleados en su Estado que los salarios que dan á los sabios* <sup>1.</sup> Bien haya el amor de los santos á la sabiduría! Escuchad, pueblos, los avisos de un doctor místico, sacados de las divinas letras; entendedlo, Príncipes, para vuestro acertado gobierno; oidlo, menguados detractores del sacerdocio: los caudales mejor empleados de la nación son los consagrados á mantener sabios, porque éstos son la salud de la tierra.

Y ved aquí, señores, todo un haz de merecimientos alcanzados por este señalado compatriota y santo literato. Complacidos escuchasteis su defensa y elogio de la lengua patria: asombrados le visteis en-

cumbrarla á las alturas del trono de Dios; y para mantenerla en todo ese decoro y alta dignidad recuerda ahora á los Príncipes y legisladores que los primeros tesoros de la hacienda pública deben dedicarse á mantener el sagrado depósito de la sabiduría. Vuestro asentimiento ya (vuestrós aplausos) me excusan el repetir, si no fuera que siento en ello indecible complacencia, que el nombre ilustre, venerando del Beato Alonso de Orozco brilla esplendoroso entre las pléyades de nuestros ingenios del siglo de oro, entre los ingenios que divinizaron la lengua nativa, cuando las plumas españolas dejaban tras sí la esplendente huella de la santidad y altísimas ciencias filosóficas y teológicas, sin que las prensas entonces vírgenes estamparan más que magníficos cantos al Criador del universo, saludables enseñanzas á los mortales, monumentos imperecederos al nombre de la patria.

¡Ah, pero «España está infamada ahora de poco elocuente!—gritaré con el benemérito Mayáns—vindicad su honra, españoles», y observad con el mismo crítico que, siendo Dios tan admirable en todo, por fuerza ha de lucir su sabiduría en los instrumentos del saber, como son los idiomas. Si los rayos luminosos del cielo no hermosean la más preciada de las artes, la bella literatura, quedará sumergida en la noche de la fealdad y la torpeza, para ser la bochornosa sombra que contraste con el magnífico cuadro de la naturaleza toda, donde brillan la belleza y majestad, el poderío y magnificencia del Hacedor Supremo.—HE DICHO.

## NOTAS

Antes de anotar cosa alguna, cúmplenos manifestar sinceramente que no escribimos esta oración más que para pronunciada en una reunión de amistad y confianza, en la cual

<sup>1</sup> Historia de la reina Sabá, cap. XXI.



la indulgencia del auditorio, el aparato fascinador del acto y los acordes de una música embelesadora pudieran olvidar y disimular cuantas dotes faltaban a mis apuntes para merecer el nombre de discurso literario. Mi propósito era con dos ó tres frases fugaces, transitorias, pero dichas con la convicción de cuanto digno creo al Beato Orozco, dejar un recuerdo grato en el ánimo de los que nos honraban tomando parte en nuestras fiestas y alegría por el ensalzamiento de un hermano; y tal es el trabajo que ahora por repetidas importunaciones tengo que presentar al público, que no es ya el amigo, ni puede encontrarse en la ventajosa coyuntura de los que tuvieron la paciencia de escucharme. Pero al fin á la luz pública sale, y el público es muy dueño de juzgarle como lo crea oportuno; que basta también de excusas, las cuales nunca faltan al mal escritor.

No hubiera dado golpe, pero hubiera sido más útil y provechoso, sobre las consideraciones aducidas en el discurso para evidenciar el mérito literario del Beato Orozco, haber presentado razonado estudio de sus voces y frases, ya que de cuantas nos llamaron la atención en la lectura de sus voluminosas obras sacamos largas apuntes. Y aun acariaciábamos la idea de ensayar nuestras fuerzas y estampar al pie del discurso por vía de dilucidaciones y notas; pero instantos con tal hincapié á la publicación de lo que hablamos en la Velada, y Dios ha querido visitarnos de forma que en las actuales circunstancias ni tenemos espacio y vagar para tan delicada labor, ni menos el sosiego y tranquilidad necesarios para el tino y acertado pulso que pide este linaje de análisis. ¡Ojalá nos brinde otra ocasión á ello, y si no más oportuna, se nos muestre á lo menos más propicia y desahogada, para ir completando nuestros estudios del por tantos títulos merecedor de altísima honra, bienaventurado P. Orozco!

(a) El voto de Fr. Luis de León en esta parte tenía que ser contundente y decisivo. No deja escape alguno á los autores reñidos con nuestro hermoso romance, tomándose todos los argumentos y ocurrencias que pudieran aducir, y desbaratándolos con fuerza incontrastable. Por no ser molestos hemos dejado de transcribir varias otras reflexiones suyas, que conocerá el lector. Sobre el peso de las razones alegadas, llevaba además la ventaja de dominar las lenguas sabias y poder valuar los quilates de sus perfecciones; y en último resultado, petentizaba por la obra cuantas prendas y lindezas predicaba del elegante idioma castellano. El benemérito Lebríja, recreado con el halago de los períodos latinos y griegos, y admirado de la boga y privanza de la lengua de Virgilio, podía ser desdeñoso con la habla materna, y servir de apoyo para que sus discípulos latinistas y helénicos se corriesen de escribir en lenguaje vulgar. Jiménez de Prédamo, ponderador de las dotes del idioma del Lacio, podía quejarse en su *Lucero de la vida cristiana* del defecto de nuestra lengua, en la cual no hallaba fácil declarar las cosas altas e sotiles, nin sus propiedades, assy como en la lengua latina que es perfectissima; pero latinos y grecistas, ¿qué habrían de replicar al brillante traductor de Horacio y Píndaro, qué oponer á quien hallaba palabras y giros adecuados para declarar en romance elegantísimo las excelencias de los *Nombres de Cristo*, y cuanto alto y misterioso enseña la Teología?

Malón de Chaide tenía escrita la vindicación de nuestra lengua en el prefacio de un manuscrito arrinconado; mas constreñido á publicarle acababa de leer en Fr. Luis los razonamientos transcritos, y ensalzándolos como merecían, no se satisfizo sin alegar lo que él de antes había compuesto; y seguramente, que ya por la novedad é invención de las frases, lo oportuno y cuerdo de las razones, y lo suelto y desembarazado del estilo, en gracia también del mérito conquistado por defender las prerrogativas de nuestra habla, como copió los períodos llenos y majestuosos de León, he de presentar aquí los gallardos y airoso de su hermano, cantor de los éxtasis de la Magdalena.

«Habiendo yo comenzado esta niñería, escribe, en nuestro lenguaje vulgar, con propósito de que quien la pidió, pues no ha llegado á la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio ó por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algún grave daño y pérdida á la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platón, que no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía, que así lo hizo él mismo, y Aristóteles escribió con tanta oscuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: No arrojéis las piedras preciosas á los puercos; y que Hermes Trismegisto fué de este parecer; y así escribieron los más graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo de enigmas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada.

«Podría responder á todos juntos que (como dijo mi padre San Agustín) huelgo que me reprenda el gramático á trueque de que todos me entiendan; así yo quiero (si pudiese) hacer algún provecho á los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos ajenos. A los que dicen que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿La ley de Dios era grave? La sagrada Escritura que reveló y entregó á su pueblo, adonde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos, y adonde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparación, su encarnación, vida, predicación, doctrina, milagros, muerte, y lo que Su Majestad hizo y padeció por nosotros, todo esto junto, y lo demás que con esto iba, pregunto á estos tales: ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisés y los profetas? Ciertamente está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre, y el tejedor, y el cava-tierra, y el pastor y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós pastor era, criado en varear bellota, en apacentar

ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó sus profecías escritas: pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra. Pues si misterios tan altos y secretos tan divinos se escribían en la lengua vulgar, con que todos á la sazón hablaban, ¿por qué razón quieren estos envidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas para escribir lo curioso y bueno, que saben y podrían divulgar los hombres sabios (que yo no trato de mí, pues ni lo soy, ni importaría mucho que lo que puedo sacar á luz se sepultase en silencio y olvido)? Más dígoles por muchos y muy sabios que podrían dar luz con su doctrina é ilustrar nuestra lengua con su buen estilo.

«Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa, y que por eso la Escritura Sagrada se escribió en ella, pregunto: ¿no se tradujo en griego por muchos traductores, y después no se escribió en latín, que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí; pues si nuestro español es tan bueno como su griego, y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro se escribiría con más propiedad que en el ajeno, ¿por cuál razón les ha de parecer á ellos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió con la leche, y Marco Varrón, y Séneca y Plutarco, y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianceno y San Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, é hicieron bien, y estúviles bien, y pareció á todos bien, y Platón, Aristóteles, Pitágoras y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano (porque lo digamos así), de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían, y hablaban de ello, y ahora les parece á estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua, de suerte que quieren más hablar bárbaramente la ajena, y con mil impropiedades y solecismos é idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto que reír, y burlar y mofar á los extranjeros que ven nuestro desatino.

«No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. Pues cómo, ¿tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos, y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello. Esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme ya de esto digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que con el favor de Dios hemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia á alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos, como lo hemos hecho en lo de las armas.» Prólogo á *La Conversión de la Magdalena*.

Cristóbal de Fronseca se remitió á las razones de estos autores.

Pero á todos ganó por la mano, como hemos visto, el Beato Orozco, escribiendo con tanta prioridad de tiempo libros espirituales en lengua vulgar, y defendiendo las valiosas dotes de ella sencilla y victoriosamente.

(b) En algunas historias de literatura española hemos visto considerar como el primer escritor de *mística*, y á manera de fundador de tan alta escuela, al Ven. Juan de Ávila; de lo cual, como era justo, hacen mérito especial sus ilustrados biógrafos. Ruiz de Mesa escribe el siguiente encomio:

«Fué el Ven. Mtro. Ávila el primero que con estos libros dió principio en España para escribir libros espirituales y de oración, y hasta que él comenzó se usaba poco, y con los libros de este santo varón, y con los que á su imitación han escrito otros varones espirituales, se han desterrado en gran parte los libros profanos, y se puede afirmar que á este gran Padre se debe esta empresa. *Vida y virtudes del Venerable varón el Maestro Juan de Ávila*, lib. II, cap. XXVII. Corto, seguramente, era entonces el número de libros espirituales escritos en lengua vulgar; lo cual se originaba de la repugnancia expresada que sentían los doctos en tratar asuntos elevados en romance; pero es claro que siempre tuvo á mano el pueblo libros de enseñanzas cristianas y tratados de perfección, como el mismo *Lucero de la vida cristiana* de Prédamo, el *Espejo de consolación de tristes* y *Espejos de la conciencia* de Dueñas, los *Abecedarios espirituales* y otros lo demuestran; y en esto no había de faltar el gran arzobispo de Granada, prudentísimo y avisado Talavera, que escribía en lengua vulgar sus oraciones sagradas.

Librenos Dios de defraudar en lo más mínimo á la indispensible gloria del gran Apóstol de Andalucía y río de arrebatadora elocuencia, coetáneo, paisano y condiscípulo del Beato Orozco; pero la historia nos recuerda que ambos hijos del reino de Toledo brillaron á la par por su fervorosa predicación y espirituales escritos, y aun que el Beato Orozco precedió al Ven. Maestro en dar á la estampa en romance sus libros de oración.

Ambas lumbreras de España nacieron el 1500; ambos fueron á estudiar á Salamanca el 1514, y juntos seguían la carrera de Derecho, que ninguno terminó. Varias veces debieron verse en Andalucía, singularmente cuando la marquesa de Priego obtuvo al fin del General de nuestra Orden, por el 1550, que el Beato residiera en el convento de Montilla, adonde llamaban con frecuencia aquella señora y sus nobles deudos al P. Ávila, y donde lograron viviera los últimos diecisiete años de su vida, dejando á tan afortunado pueblo sus cenizas venerandas.

Para cuando el aplaudido Maestro publicó su primer libro, titulado *Audi Filia* (que debió ser hacia 1560 según se desprende del Prólogo), llevaba impresos diez libros el Beato Orozco y corregida la Recopilación de parte de sus primeras obras; advirtiéndose que le obligaba á recogerle en un volumen el estrago que les habían causado los libreros, sin duda por las repetidas ediciones. Y el *Audi Filia* ó sea *Tratado del mal lenguaje del mundo, del demonio y de la carne*, no es en rigor libro de *mística*, como tampoco las numerosas cartas espirituales del mismo varón apostólico, ni los sermones y tratados del Sacramento y el Espíritu Santo y otros impresos con bastante posterioridad: al paso que ya la primera obra del Bto. Orozco, impresa en 1544, lleva por título *Vergel de oración y monte de contemplación*, que si bien no trata de lleno y exclusivamente de las vías místicas, concluye indudablemente con ellas y las expone en todos sus grados los más altos y escondidos. Otro tanto cabe afirmar del libro *Memorial de amor santo* que tenía ya terminado al acabar la impresión del *Monte de contemplación*. Y si alguno opone que el Ven. Ávila, consejero universal, y aprobador del espíritu extraordinario y místico de Santa Teresa, en unas u otras cartas y repetidos lugares de sus tratados, aunque incidentalmente, declara los secretos de los caminos de la contemplación y los grados de la escala mística, es también cierto que lo propio acontece al contemplativo y tantas veces extático Padre Orozco, regalado por la Virgen y el mismo Señor como á hijo de los más predilectos de su casa. Y más: es muy creíble que el apóstol de Andalucía aprendiera mucho de los libros *escritos por encargo de la Reina de los cielos*, por cuanto, estampando el Beato sus primeras obras en ese reino ya para el 1544, y dedicadas las primicias de su pluma al duque de Arcos, hermano de la condesa de Feria, devotos afectuosísimos de entreambos venerables escritores, no pudo acaecer por menos que el P. Ávila tuviera conocimiento de obras tan espirituales, que sin otra recomendación y respeto, por su mismo valor y rareza, buscaría con ansia para provecho suyo y adelanto de sus penitentes.

Ambos venerables, pues, son merecedores de las bendiciones del pueblo cristiano por exponerle en libros de su alcance la doctrina y enseñanza del Evangelio, á la vez que beneméritos de las letras patrias por el cultivo especial de la lengua nativa y su encumbramiento á hablar de los altos misterios de nuestra religión sacrosanta. Mas el Bto. Alonso fué el primero, por razón del tiempo, en acometer tan loable empresa, y á él cuadra perfectamente el nombre de escritor, habiéndose en verdad propuesto este objeto y mira (que no tuvo el P. Ávila), ya que la siempre amorosa Reina de los ángeles se dignó encargarle hiciera tal servicio á los hijos de la patria, honrada con su visita en los primeros días del Catolicismo.

## LA VIDA EN LAS PROFUNDIDADES DEL OCEANO

HA PENAS hace veinte años era opinión general entre los sabios que la vida, muy abundante en las regiones del Océano próximas á la superficie, se hacía cada vez más rara á medida que se profundizaba, y que á unos 450 metros de profundidad cesaba casi por completo. No se creía, en efecto, que pudiesen existir seres bajo la enorme presión de millares de metros de agua; añadiéndose á ella la de la atmósfera en profundidades en que no sería posible penetrarse la luz exterior, donde las causas de agitación desaparecen, y, finalmente, donde no existen ya algas ni materia vegetal de ninguna especie para alimentar la vida animal. Tan grande era la prevención sobre esta materia, que el capitán Ros, y más tarde Wallich, como hubiesen sacado con sus sondas, arrojadas á más de un kilómetro de profundidad, algunos peces, admitiéndose como cosa evidente que aquellos animales, ó bien habían sido arrojados al fondo después de muertos, ó aglomerados ó enganchados á su paso en el movimiento de huida del aparato sondeador.

No obstante, en 1860 ocurrió la rotura de un cable telegráfico submarino entre Cerdeña y la Argelia. Hubo, pues, necesidad de sacar sus pedazos de 2.500 metros de profundidad, y observóse, no sin sorpresa, que se hallaban fijos en ellos gran número de animales adheridos á la capa que resguardaba la gutapercha. Aquellas eran verdaderas familias de pulpos, compuestas de individuos de todas edades, cuyo pie estaba amoldado á la superficie del cable. Los unos eran absolutamente desconocidos; otros sólo eran conocidos en el estado fósil, y otros, finalmente, eran considerados como verdaderos fenómenos en las costas del Mediterráneo.

Era, pues, posible la existencia á 2.500 metros sobre el nivel. En presencia de hecho tan terminante, preciso era darse por vencidos y tener por ineficaces todos los argumentos hechos *a priori*; pero si esto era posible para una especie animal, no lo era para las demás. ¿Qué había en estas misteriosas profundidades, que hasta entonces se habían creído como destinadas á la soledad y á la inamovilidad de la muerte? Preciso era para averiguarlo dedicarse á buscar: las investigaciones submarinas imponíanse á la ciencia. Suecia, América é Inglaterra se lanzaron las primeras por este camino, y merced á la iniciativa del ministerio de Instrucción pública en 1880, siguiólas Francia en este camino.



Formóse una Comisión bajo la presidencia de Mr. Milne Edwards, compuesta de los sabios marqués de Follin, L. Vaillant, E. Perrier, Perier de Bordeaux, P. Hischer y Sabatier. El aviso de vapor el *Traivailleux*, nombre predestinado, como se ve, fué armado en Rochefort, aparejándosele para una primera campaña. En este año limitáronse las investigaciones al golfo de Gascuña; pero el triunfo superpujó á todas las esperanzas, y desde un principio las redes echadas á tres kilómetros de profundidad sacaron peces desconocidos hasta entonces.

El segundo año lleváronse las exploraciones al estanque occidental del Mediterráneo, y la tercera se llegó á las Islas Canarias. Las pescas eran largas y penosas, y el corazón de los sabios que dirigían la operación latía con mayor fuerza más de una vez á impulsos de la ansiedad cuando el estado del cielo, la dirección del viento, la marcha del barómetro y el movimiento de las olas ofrecían durante su curso algún síntoma alarmante. Un día en el golfo de Gascuña, la sonda arrojada sobre un fondo de 5.100 metros no salió del agua hasta las tres de la mañana, cuando había sido sumergida la víspera á las dos de la tarde. Semejante intervalo no es siempre necesario para sustituir á la calma un largo tiempo; ¡y qué desastres sobrevienen en ocasiones! Los que asistieron á la sesión pública anual del Instituto del 25 de Octubre de 1881 no habrán olvidado el espectáculo que ofreció Mr. Milne Edwards al pintar su conmoción y la de sus compañeros en presencia de la draga que sale paulatinamente del mar cargada hasta los bordes de limo y de pedernales. Ya se distinguen entre las mallas de la red animales de formas extrañas, cuando una gigantesca ola viene á romper las amarras; todo viene á caer en el fondo del mar, y el abismo recupera esta porción de lo desconocido que la ciencia iba á arrebatárle.

Aunque raros, eran siempre muy de temer semejantes fracasos para los naturalistas establecidos á bordo del *Traivailleux*. La expedición había sido harta improvisada, y como medios de acción, sólo se le había facilitado lo que se encontró en los arsenales del Estado en el momento de marchar. El buque mismo sólo podía embarcar carbón para ocho días, y como, por otra parte, no era muy andarín, veíase obligado á mantenerse siempre en las inmediaciones de los puntos de la provisión de víveres. Las investigaciones se reducían por tanto, casi siempre, á la proximidad de las costas.

Estos inconvenientes desaparecieron el siguiente año. Componíase entonces la Comisión de MM. Milne Edwards, Follin, Vaillant, Perrier, Filhol y Fischer, á los cuales se habían agregado los señores Ch. Brongniart y Poipault. Hallándose en Rochefort, el 30 de Mayo subió aquella á bordo del *Talisman*, buque de hélice construído en la perspectiva de largos viajes, mucho mejor dispuesto y sobre todo mejor aparejado que el *Traivailleux*.

Grandes y pequeñas redes de dos ó tres metros de anchura reemplazaron á las pesadas dragas de los viajes anteriores. Al cable de cáñamo, cuya rotura había ocasionado tan crueles fracasos, había reemplazado un cable de hilo de acero capaz de soportar una tracción de cerca de 4.500 kilos. Ocho mil metros de este cable se arrollaron en rededor de una canilla de bronce por medio de una máquina de vapor, y otros 4.000 se hallaban de reserva, bien para hacer frente á las circunstancias del momento, bien para alargar más, si el caso lo requería, la línea de la honda. Los sondeajes se hacían con hilo de acero y la sonda perfeccionada por el señor ingeniero Thibaudier, hasta el punto de obrar automáticamente. Hallábanse preparados termómetros de máximum y de mínimum, y tubos de vidrio bastante gruesos para recoger las muestras de agua y calificar su temperatura en todas las profundidades. Las lámparas eléctricas del sistema Edison auxiliaban los trabajos nocturnos y permitían alumbrar el mar en una profundidad de cerca de 35 metros. Todos estos aparatos, y otros muchos que sería harta prolijo numerar, se ven hoy en la exposición abierta en la calle de Buffón, núm. 61, en las dependencias del Museo de Historia Natural. Aunque esta exposición no sea absolutamente pública, la Administración del Jardín de las Plantas concede muy liberalmente billetes de entrada en ella á todo el que los pide. Nunca excitaremos bastante á nuestros lectores á que se aprovechen de esta concesión si viven en París ó si se proponen visitarlo dentro de poco.

La expedición de 1883 examinó la costa de Africa hasta Senegal, las inmediaciones de las islas del Cabo Verde, de las Canarias y las Azores, y, por último, el mar de los Sargases. Sabido es que se aplica este nombre á aquella parte del Océano comprendida entre los tres grupos de islas que acabamos de mencionar. Este espacio, seis veces tan grande como Francia, fué, en efecto, considerado

hace mucho tiempo por los navegantes como muy abundante en esta clase de ficas llamadas sargases, del español sargazo, en francés varech.

Allí como en otras partes, los resultados de los sondeajes del *Talisman* no hicieron más que confirmar y ampliar los del *Traivailleux*. Las aguas del Océano presentan en todas las profundidades, y bajo las más variadas formas, la vida superabundante. Pero es muy digno de notarse que no sólo la población de los valles submarinos es diferente de la de las aguas superficiales, sino que cada capa intermedia tiene sus moradores, que, con pequeñísimas excepciones, no conocen á los de un nivel superior ó inferior, y nunca se mezclan con ellos. Esta distribución bathymétrica caracteriza tan perfectamente las diferentes profundidades del Océano, que muy pronto, familiarizados con ellas nuestros naturalistas, estaban en disposición de indicar, según el contenido animal de un alambre sumergiéndolo, la profundidad á que había llegado.

Así, pues, á una profundidad de 500 ó 600 metros se encuentran como peces el *Macrurus*, el *Melanocephalus*, el *Hoplostethus* y el *Pleuronectes*, así como de numerosos crustáceos, langostinos de mar, erizos de mar y esponjas, pero todos diferentes de las especies conocidas en las pequeñas profundidades.

Hacia una profundidad de 1.000 ó 1.500 metros van apareciendo los peces mucho más abundantes. En este número se encuentran además el *Macrurus*, el *Bathynectes*, el *Coriphenoidus*, el *Malacocephalus*, el *Bathygadus* y el *Argyrolepeus*, y otros cuyo nombre interesa sobre todo á los zoólogos.

De esta manera se extiende capa por capa hasta más de 5.000, donde se encuentra además el *Bathypolis ferox*, pescado por el *Challenger* á 5.019 metros. El *Talisman* no pescó ningún pez á más profundidad de 4.255 metros, donde encontró el *Bythites crassus*, aunque echó las ondas hasta fondos de 6.250 metros.

Reaparece, en niveles muy distintos ciertas especies excepcionales. Así es que el *Alepocephalus rostratus* ha sido pescado desde 868 metros de profundidad hasta 3.650 metros; el *Scopelus maderensis*, desde 109 metros á 3.655 metros; el *Lepidoderma macrops*, desde 1.159 metros á 3.655 metros, y así de otras muchas especies. Ciertos animales son, por consiguiente, capaces de vivir bajo presiones que varían desde 112 toneladas á 2 toneladas y aun más. Es, por tanto, evidente que sólo lenta y gradualmente pueden pasar de uno de estos extremos al otro, porque cualquiera que fuese la profundidad en que hubiesen sido pescados, llegaban siempre muertos, y frecuentemente muy disformes á la superficie.

La disminución brusca de la presión sería bastante para producir estos efectos aun en aquellos á los que su organización habría permitido soportarla gradualmente. Si el respeto debido á los mártires de la ciencia consintiese esta comparación, haríamos observar que pasaba en ellos en el agua lo que pasó en el aire, cuando se verificó una ascensión tristemente célebre para los aeronautas Sivel y Croce-Spinelli.

Sea de esto lo que fuere, desde que los peces, introducidos en la red á una profundidad de 1.000 ó más metros, eran arrastrados por ella hacia capas de agua cada vez menos comprimidas, escapábanse los gases de su sangre formando una especie de musgo, y la brusca distinción de su vejiga natatoria modificaba muy frecuentemente su forma exterior.

Sabido es que este órgano, especie de saco cerrado situado sobre el intestino cerca de la columna vertebral, ha sido destinado por el Criador á dilatarse ó comprimirse de manera que cambie el peso específico del pez que lo tiene y á facilitarle la subida ó bajada con grande holgura. Pero la dilatación ó la compresión sobre todo rápida, no puede sin peligro traspasar ciertos límites. En la subida de la red hacia la superficie, la vejiga natatoria, cada vez más dilatada, ensanchaba la pared abdominal hasta el extremo de hacerle perder paulatinamente todas sus escamas. Había veces en que hasta su extremidad anterior, rechazando el estómago, penetraba hasta la boca y la hacía salir con ímpetu al exterior. Las paredes de la cavidad bucal cedían al esfuerzo y hacían saltar los ojos de sus órbitas.

Un efecto contrario se producía en el aparejo del pez, en razón al aumento de presión que experimentan en las grandes profundidades. Así es que los discos de corcho destinados á mantener abierta la boca de la red, al cabo de algunos días de uso no tenían ya más que la mitad de su primitivo volumen.

Pero volvamos á nuestros peces.

Su delgada piel, cubierta por lo regular de una capa mucosa muy espesa, les da un aspecto particular, que al primer golpe de vista les distingue completamente de los de regiones superiores. Las

partículas de limon incrustadas en algunas de sus cavidades revelan hábitos de permanencia en la base ó en su superficie. Su boca, habitualmente grande y provista de agudos dientes en forma de anzuelo, responde á las necesidades carnívoras de los moradores de una región en la que no existe vegetación alguna. Sus huesos, sin dureza, de una estructura esponjosa, sostienen músculos blandos y sin espesor, de los cuales podría el hombre sacar un alimento muy mediano. Pero la circunstancia más curiosa de su organismo consiste en la existencia y el uso de su vista.

No se habrá olvidado que uno de los argumentos en que se apoyaban los zurcidores de las teorías del vacío para afirmar la imposibilidad de la vida en las grandes profundidades del Océano, era su completa oscuridad. Como si la luz del sol fuese la única posible, y como si el Criador, al cerrar la entrada á los rayos solares en los abismos, se hubiese privado de cualquiera otro medio para alumbrar á los seres que destina á vivir en él. Todos los peces pescados á un kilómetro de profundidad y á mayor todavía, tienen ojos normalmente desarrollados; pero éstos van acompañados de mucosidades luminosas ó de placas fosforescentes. En la malacosta negra se ven estas placas sobre los ojos; otras especies las tienen alineadas sobre las partes laterales del cuerpo.

Otros moradores de las grandes profundidades parece que existen muy bien faltos de luz: así los pentacheles y los polycheles, cuyos ojos están atrofiados, tienen largas espinas retorcidas. Ellos se ocultan en la base, y con estos ganchos se apoderan de pasada de la presa que necesitan para su sustento. Los nematocarcins, de patas monstruosamente largas, tienen el mismo género de vida.

Por desgracia no podemos describir detalladamente en este lugar todas las riquezas zoológicas expuestas en la calle de Buffón. ¡Dichosos nuestros lectores si tienen la facilidad y se sienten con gusto para ir á examinarlas ellos mismos! Respecto de nosotros, nos vemos obligados á poner pronto término á éste harta largo razonamiento.

No lo haremos, sin embargo, sin haber indicado uno de los resultados más felices de los estudios de la Comisión presidida por Mr. Milne Edwards.

Sabido es que algunos sabios, molestados por la idea de Dios, y asombrados del poder vital que parece manifestarse más todavía en el Océano que en la atmósfera, habían resuelto investigar en las profundidades submarinas los orígenes de la materia animada. Una especie de blanda gelatina de aspecto parecido al del blanco del huevo que las redes recogen á veces en la base de las grandes profundidades, fué considerada por ellos como la materia en vías de organismo espontáneo.

Ellos inventaron el nombre de *Bathybius* para caracterizar este estado inicial de la materia animada al salir del estado inerte. La Comisión se ocupó en el llamado *Bathybius*; frecuentemente lo encontró en la base subida por la draga y sometió cuidadosamente al examen del microscopio. Pero no descubrió allí muy sencillamente sino un amasijo de mucosidades que las esponjas y otros zoofitos dejan escapar bajo el rudo contacto de los medios de que se sirve el hombre para explorar los sitios en que habita.

Tal fué siempre el papel de la verdadera ciencia. Mientras que por una parte reduce á la nada las quiméricas afirmaciones del ateísmo, por otra nos hace comprender mejor de día en día las obras de Dios, y añade á la idea que tenemos ya de su poder las de su sabiduría y su bondad.

A. DE MEISSAS.

#### ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA SANTIDAD DE LEÓN XIII

La familia Pecci es originaria de Sena. A fines del siglo xiii tenía ya gran autoridad en el país. Llegó en breve á ser tan poderosa que, cuando el papa Martín V fué á Sena, le alojaron los hermanos Juan y Santiago Pecci y le prestaron 15.000 florines.

Entre los personajes más notables de la familia pueden citarse: Pedro Pecci, que representó la ciudad de Sena en la coronación del emperador Segismundo, y con este motivo recibió el título de barón y fué hecho conde palatino. Desiderio y Tomás Pecci, que fueron literatos distinguidos, y Francisco Pecci, valiente capitán que se distinguió al servicio de la República de Venecia.

A principio del siglo xvii, una rama de la familia fué á establecerse á Carpineto, en los Estados Pontificios, en los que desde ese momento los Pecci no han dejado de gozar de la estimación de sus conciudadanos y de ejercer influencia preponderante.

Antes de tener el insigne honor de dar un Papa á la Iglesia, la familia Pecci le había dado tres Prela-



dos: Juan, que fué obispo de Grosetto en 1417; Pablo, obispo de Malta en 1679, y José, obispo de Grosetto en 1710. Además cinco miembros de la familia del Papa actual han pertenecido á la Orden soberana de San Juan de Jerusalén.

Luis Pecci, padre de León XIII, fué coronel al servicio de Francia; murió en 1833. Su mujer, la madre del Papa, era de la familia Prosperi Buzi, de Cori, cerca de Roma, y murió en 1824.

De ese matrimonio nacieron cuatro hijos: tres hijos y una hija:

1.º Juan Bautista, nacido en 1802 y muerto en 1881, padre de cinco hijos, sobrinos de León XIII.

2.º Catalina, nacida el 4 de Noviembre de 1806, que aún vive.

3.º José, nacido el 15 de Diciembre de 1807, actualmente Cardenal.

4.º Joaquín, nacido el 2 de Marzo de 1810, Pontífice actual.

León XIII se levanta todos los días á las seis y media de la mañana, ayudándole á vestir un criado llamado Centra y nacido como él en Carpineto: el padre de ese Centra es sombrerero del Sagrado Colegio.

El Papa dice en seguida misa en su capilla particular y oye otra. Después almuerza sólo café con leche. Luego León XIII conferencia con sus secretarios Mons. Bocali y Mons. Laurenzi, que le dan cuenta de la correspondencia general, que han examinado.

Su Santidad recibe después al cardenal Jacobini, secretario de Estado, y por turno á los miembros del Sagrado Colegio, con los cuales habla de los asuntos de las diversas Congregaciones á que pertenecen.

A la una el Papa hace su segundo almuerzo, compuesto de sopa, generalmente de arroz, frito y asado. Como vino Burdeos auténtico, que le envían expresamente unas monjas de la Gironda. León XIII descansa una hora y media, según una antigua costumbre y como compensación de sus largos insomnios. Luego pasea en las galerías y jardines del Vaticano, según que hace buen ó mal tiempo.

Al regreso da audiencia á los Obispos que van á hacer la visita *ad limina* ó á los miembros de la aristocracia romana que han permanecido fieles á la Santa Sede.

A cosa de las diez el Papa se retira á su cuarto, donde permanece encerrado hasta las once y media. Se cree que durante este tiempo reza ó medita. No escribe, pues le gusta poco coger la pluma á causa de que le tiembla la mano.

Por esa razón es tan difícil, casi imposible, obtener un autógrafo de León XIII y hasta una mera firma. Hay otra razón para esto. El Papa teme que sus autógrafos sirvan de pretexto para la especulación y se saquen á subasta los retratos firmados, como sucedió en tiempo de Pío IX.

León XIII siente profunda repugnancia á dar recuerdos. Una vez le habían bordado un par de zapatillas. Las usó algún tiempo y las dió á componer. Cuando las pidió se encontró con otras nuevas: fué tal el disgusto que experimentó, que su servidumbre no se ha atrevido á repetir.

En tiempo de Pío IX sucedía á menudo que los fieles, durante las audiencias pontificias, sacaban del bolsillo un solideo blanco y le cambiaban por el que había servido al Papa. Un día quiso una religiosa hacer lo mismo con León XIII, pero el Papa se opuso terminantemente.

En la familia de Pecci se vive mucho tiempo. A pesar de su aparente debilidad y de su aspecto ascético, León XIII es muy fuerte. Lo que mina un poco su salud es la guerra á la religión. Cuando recibe alguna mala noticia, mueve la cabeza, diciendo con tristeza: *Questo no! Questo no!*

Desgraciadamente se ha visto muchas veces obligado á pronunciar esas palabras.

León XIII se ocupa mucho de su pueblo natal, Carpineto, aunque no haya vuelto á él desde 1857. Carpineto está situado á 80 kilómetros de Roma, en el camino de Nápoles. Cuenta 4.000 habitantes. Se va en ferrocarril hasta Segni y en coche, tardando dos horas desde Segni á Carpineto. El Papa ha gastado en Carpineto su fortuna. En una escuela de niñas ha gastado 200.000 francos, instalando en ella religiosas franciscas. Las tres ó cuatro iglesias de Carpineto han sido reparadas á su costa, y ha construido otra por el arquitecto Fontana.

También ha hecho construir en Carpineto un observatorio, cuya instalación ha confiado al P. Denza, célebre astrónomo del Observatorio de Moncaliere. De este modo Luis Pecci, el mayor de los sobrinos del Papa, puede satisfacer su pasión por la astronomía sin salir de Carpineto, donde reside todo el año para administrar los bienes de la familia.

## BIBLIOGRAFÍA

*El arte bizantino*, por el Sr. Charles Bayet, catedrático en la Facultad de Letras y en la Escuela Nacional de las Bellas Artes de León. Paris, Quantin, in 8.º, con muchos grabados.

Esta obra hace parte de una importantísima colección, cuyo fin es suministrar á los artistas, y también á los hombres cultos, nociones sobre la historia y los procedimientos de los diversos ramos del arte. En esa colección se notan ya algunos libros escritos por especialistas eminentes; el que tengo á la vista no me parece menos interesante ni menos útil. Versa sobre una materia poco conocida, el arte bizantino; el autor, miembro que fué de la Escuela de Atenas y encargado por el Gobierno francés de una misión científica en los monasterios del monte Atos, estaba perfectamente preparado para darnos esa historia. Sin duda este libro arguye muchísima lectura, pero también nos lleva el autor sus propios descubrimientos, su sentido estético y crítico.

La historia del arte bizantino puede dividirse en cinco períodos. El primero, que desde Constantino se extiende hasta el siglo vi, es el período de formación; los elementos oriental y griego se unen y se juntan con el elemento cristiano, que les comunica una vida propia y fisonomía particular. Los descubrimientos arqueológicos del marqués de Vogüé en Siria, han derramado nueva luz sobre los orígenes y la cuna del arte bizantino.

En el segundo período el arte está formado completamente y se afirma por estupendas creaciones, como Santa Sofía de Constantinopla. El mosaico se constituye en arte especial con sus reglas particulares, que nadie entendió ni aplicó mejor que los artistas griegos de esa época. La miniatura, la sola por la que podemos formar idea sobre la pintura de esos alejados tiempos, tiene naturalidad y vida. Parece excesivo el desarrollo de la platería; de allí en adelante la pasión del lujo quedaría como uno de los principales rasgos que distinguen el arte bizantino.

El tercer período, que empieza después de la tan atroz persecución iconoclasta, es la época más brillante del bizantinismo. La dinastía macedoniana, que se sienta en el siglo x sobre el trono imperial, vuelve á estrechar con Roma las relaciones interrumpidas por el cisma de Focio y asegura la paz y la prosperidad del Oriente cristiano. La arquitectura se hace más elegante; un renacimiento, caracterizado por el empleo de figuras simbólicas tomadas del Panteón helénico, se manifiesta en la pintura. La fundición en bronce estaba floreciente; así lo prueban las puertas de la basílica de San Pablo, extramuros en Roma. De los talleres de platería salían maravillosas obras, como la pala de oro del altar mayor de San Marcos de Venecia. Hay mucha analogía entre la arquitectura religiosa y la arquitectura civil, y se extiende esta analogía á todos los ramos del arte; eso sólo basta á caracterizar las grandes épocas artísticas.

El cuarto y último período comienza en el siglo xiii y se continúa hasta nuestros días. El saqueo de la magnífica Constantinopla por los cruzados en 1203 tuvo fatales consecuencias para el bizantinismo. A pesar de los generosos esfuerzos de los Paleólogos, no pudo nunca el arte volver á levantarse de su ruina. Después de la caída del Imperio oriental se refugió en los monasterios, principalmente en los del monte Atos; pero toda energía creadora se ha apagado en él.

Lástima no sea tan buena la parte teológica como la artística en la obra del Sr. Bayet. Enseña el ilustre catedrático que el cristianismo oriental se había transformado en grosera idolatría, y que el segundo concilio ecuménico de Nicea purificó y enmendó la doctrina bajo la influencia de las ideas iconoclastas; pues, ¿no conoce el autor las dos admirables cartas en que San Gregorio el Magno estableció la enseñanza católica sobre el culto de las sagradas imágenes mucho antes de los iconoclastas y del segundo concilio de Nicea (Epíst., lib. ix, epístola 52; lib. xi, epíst. xii.) ¿Quiere decirnos qué fetiquistas eran esos monjes que dieron á la Iglesia obispos, teólogos y doctores como San Juan Crisóstomo y San Juan Damasceno? Los ignorantes solos lo creerán. Tampoco es tolerable la audacia blasfemadora del autor, que llama *leyenda* la bajada del Salvador á los infiernos. Lea el Sr. Bayet las Cartas de San Pedro (1.ª epíst., iii, 18-20) y de San Pablo (Ephes., iv, 8-10), respete más otra vez nuestra santa fe, y borre en una nueva edición esos pasajes, que deslucen su interesantísima obra.

UN BENEDICTINO FRANCÉS.

## LA ROSA BLANCA DE LOS KERMADEC

### II

(Continuación.)



MENTRAS en Kermadec pasaban los años tranquilos y felices, graves desórdenes agitaban á París, tomando sin cesar proporciones amenazadoras. La malhadada huida del infortunado Luis XVI había acabado de irritar al populacho. A medida que el peligro crecía la nobleza se separaba del trono, yendo á buscar lejos de la patria la seguridad que ésta no les ofrecía. El conde se acordó entonces de la antigua fidelidad de su raza y de los consejos, tan pronto justificados, de su anciano padre, y resolvió marchar á París. Acercarse al soberano en época semejante era comprometer su vida. Mr. de Kermadec lo sabía: mas no vaciló en ponerse en camino, á pesar de los ruegos de la condesa; sus hijos solicitaron inútilmente el permiso de acompañarle.

La señora de Kermadec lo temía todo de la exaltación de su marido, poco modificada por los años, y sentía mortales angustias sabiendo que haría poco caso de su vida si las circunstancias lo exigían. Antonio ofreció ir á París para observar sus pasos y velar por su amo, sin que éste se apercibiese de ello. El fiel servidor partió seguido de las oraciones y de la gratitud de la familia, y se estableció no lejos del hotel donde se había apeado su amo, en condiciones favorables á su laudable espionaje. En París, Mr. de Kermadec pudo informarse mejor de la triste situación del poder. El Rey, cautivo en su palacio, no tenía más que un vano título, que habían de quitarle al mismo tiempo que su libertad. Cortesano de la desgracia, el conde se presentó en seguida al Rey y solicitó un empleo en palacio. En estos días de tristeza y de alarma, la etiqueta casi no estaba en uso. El conde tuvo, ora con el Rey, ora con la Reina, conversaciones largas y casi familiares. Un día del mes de Agosto Mr. de Kermadec halló á la Reina casi sola en su habitación, mas presa de viva inquietud. Quiso animarla, afectando una seguridad que estaba muy lejos de su corazón, y casi lo obtuvo. En medio de estas continuas alternativas, María Antonieta esperaba algunas veces; mas la vuelta á la realidad era mucho más dolorosa. La Reina trató á Mr. de Kermadec como á un amigo, pues sabía los servicios y el rango de su familia en otro tiempo.

—¿Cómo, pues—decía la Reina—haberos quedado tanto tiempo en el olvido, cuando hubieseis podido hallar en la Corte ventajas á las cuales teníais tanto derecho? ¡Ay! En este momento, acercarse al trono es un honor peligroso.

—Los Kermadec han conservado su altivez al perder sus riquezas, señora—contestó noblemente el conde.—Sus servicios eran el fruto desinteresado de una abnegación sincera, y nunca han pedido otra recompensa. Si los peligros que rodean á la realeza no me hubiesen sacado de mi retiro, jamás habría visitado este palacio.

Estas palabras, tan sencillas y verdaderas, conmovieron vivamente á María Antonieta; la conversación duró mucho tiempo, y Mr. de Kermadec dejó ver una fidelidad tan grande, que la Reina, profundamente conmovida, sintió no poder manifestarle dignamente su gratitud. Había no lejos de ella un vaso de flores artificiales; cogió una, y con triste sonrisa:

—Tomad esta rosa, conde—dijo la Reina—hoy ya no puedo elegir mis recuerdos de amistad; pero guardaréis, estoy segura, esta prenda de mi gratitud. Pronto vendrá el día que ni siquiera una flor podré ofrecerlos.

Y una lágrima cayó en la rosa que María Antonieta tenía en la mano. El conde se inclinó profundamente y recibió con respeto el presente que le hacía la Reina.

—Dios salvará al Rey para bien de Francia, señora—contestó el conde—mas, cualesquiera que sean los acontecimientos que el porvenir nos reserve, juro ante Dios sacrificar por vuestra causa hasta mi último suspiro. Entregaré á mi familia el don precioso de V. M., y creedme, mientras quede una gota de sangre en las venas de un Kermadec, sabrá derramarla por vos y vuestros descendientes.

Pronto debía el conde poner en ejecución sus promesas. La revolución se agitaba amenazadora y terrible, guardando las avenidas de palacio.

La guardia pasó toda la noche sobre las armas: al día siguiente tuvo lugar la fatal jornada del 10 de Agosto, que vió perecer á la realeza. Nadie ignora la heroica é inútil resistencia de los últimos defensores de las Tullerías, los cuales, aun después de la marcha del Rey, hicieron heroicos esfuerzos para salvar la monarquía espirante. Perdida toda espe-



ranza, la mayor parte fueron asesinados al querer retirarse. Solamente algunos pudieron salir de palacio; el conde fué de estos últimos. Estando ya á cierta distancia de palacio su traje le dió á conocer, y fué rodeado por una banda de facinerosos, contra los cuales no pudo defenderse, habiendo recibido una profunda herida en el brazo derecho. Iba á ser infaliblemente asesinado, cuando se oyó una voz terrible:

—Deteneos, no matéis á ese aristócrata; más vale llevarlo á la Abadía, y la guillotina hará justicia.

El conde oyó apenas estas palabras, extenuado como estaba por la sangre que había perdido, y se cayó desmayado.

—¡Ahora se nos va á poner malo! No puede ir mas lejos; si me creéis, ciudadanos, vamos á llevarle á mi casa, muy cerca de aquí, hasta que pueda andar: ya tendré yo cuidado de que no se escape.

Los republicanos siguieron este consejo y el conde fué trasladado á casa del desconocido hasta que fuese conducido á su última morada, como decían sus feroces guardianes. Cuando Mr. de Kermadec abrió los ojos, un grito de sorpresa se escapó de sus labios; en el guardian que tenía delante de su cama ocupado en curar su herida, había reconocido á Antonio. Este le impuso silencio con un gesto suplicante, designándole la habitación inmediata.

Tres hombres se habían quedado para guardar al prisionero; sentados en derredor de una mesa cubierta de vasos y botellas, estaban sumergidos en una embriaguez casi completa.

—Por amor de Dios, mi querido amo—dijo en voz baja Antonio—acuéstese Ud. y finja dormir: pronto se quedarán todos dormidos y podremos escaparnos de aquí.

—¿Qué has venido á hacer en París?—preguntó todavía el conde, en quien la admiración dominaba la idea del peligro.

—Ya se lo diré á Ud. más tarde; más por amor de Dios silencio, si no quiere Ud. perderlos á los dos.

Mr. de Kermadec obedeció. Antonio no se había equivocado; sus compañeros fueron pronto incapaces de notar su marcha: fué al cuarto de su amo y vistióle chaqueta y pantalón de paño burdo, que le desfiguraban completamente.

Al poner en una silla su justillo bordado, el conde dejó caer una cosa blanca: era la rosa de la Reina.

Escondióla bajo su ropa, después de haberla besado con respeto. Seguido de Antonio, atravesó la primera habitación y salió sin obstáculo de la casa. Los dos fugitivos ganaron á toda prisa las orillas del Sena. El conde echó una mirada de despedida á las Tullerías, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas al pensar en los desastres que habían tenido lugar pocas horas antes. Ganaron con gran precaución las calles más desiertas del barrio de San Germán, y al amanecer estaban ya lejos de París. Antonio compró á un labrador un carruaje y un caballo, y condujo á su amo andando por pequeñas jornadas, pues las heridas de este último le habían dejado débil.

Así llegaron á Kermadec, donde, no teniendo noticia ni del conde ni de Antonio, la familia estaba sumergida en mortales angustias. Paul y René, muy animados por Diana, querían marcharse á París; mas fueron detenidos por los ruegos de la condesa, para quien semejante marcha habría puesto en peligro tres vidas muy queridas, en vez de una sola. La vuelta del conde después de tales angustias, trajo al castillo una alegría indefinible. Antonio fué recibido con la misma satisfacción y agobiado de testimonios de gratitud, que le quedaron confuso; tan natural le parecía haber salvado á su amo. Diana le dió en esta ocasión una prueba de afecto, de la cual no hablaba sino con lágrimas en los ojos. Llena de gratitud, Diana resolvió ofrecer al fiel servidor un recuerdo que perpetuase en su memoria un día tan feliz, y quiso saber de boca de Antonio qué regalo le sería de mayor agrado. El pobre anciano no quería recibir regalo alguno; mas instado por Diana, contestó al fin lleno de emoción:

—Puesto que absolutamente lo queréis, me atrevo á pedir una recompensa. Cuando érais pequeña, Srta. Diana, y que veníais á jugar sobre mis rodillas, me abrazabais algunas veces, como vuestros hermanos lo han hecho esta mañana, y esto era mi mayor felicidad.

Diana no le dejó terminar, y echándole los brazos al cuello le abrazó repetidas veces con efusión.

—Sin perjuicio de darte otra recompensa—dijo Diana sonriéndose.

Antonio no oyó estas últimas palabras y se alejó con las lágrimas en los ojos.

## III

La tormenta de la capital se había extendido en las provincias; seis meses pasaron, sin embargo, sin

que en el castillo ocurriese novedad. Siempre sombrío é inquieto, Mr. de Kermadec veía con desaliento que su abnegación era impotente para salvar á la familia real. Volver á París, donde nadie se levantaba para defenderla, era buscar inútilmente una muerte inevitable. La muerte del Rey sumergió todos los fieles corazones en la tristeza. La Vendée se agitaba, y un levantamiento era infalible. El conde se preparaba para tomar parte, y autorizaba á sus hijos á compartir sus fatigas.

Paul y René eran ya hombres: el mayor, de veinticuatro años, era el retrato de su padre; tenía la misma estatura, el mismo modo de andar, la misma mirada y aquel carácter templado que no temía las dificultades. René, menor en dos años á su hermano, de exterior más agradable y menos imponente, parecíase á su madre en el semblante y en el corazón: era bueno y generoso como su hermano, pero menos enérgico y resuelto. Diana, cuyas fuerzas habíanse, como su inteligencia, adelantado á la edad, era una joven bella con toda la frescura de sus diez y seis años: su frente ancha y altiva, sus ojos negros y brillantes... todo en ella anunciaba el vigor y la vivacidad. Su sonrisa tenía cierta gracia infantil, y su mirada anunciaba al mismo tiempo una reflexión y una firmeza impropias de su edad. Educada lejos del mundo, llena su imaginación de heroicas quimeras, no había aprendido á desconfiar de sus impresiones y á mantenerse en los estrechos límites de la vida de una mujer. Soñaba sin cesar con la poesía y el heroísmo, olvidando la realidad. La señora de Kermadec leía con espanto en el corazón de su hija; aislada en medio de los suyos, la pobre mujer encerraba en su alma muchos dolores. Veía el porvenir funesto que se preparaba para los que tanto amaba. Asustada de los males que amenazaban á Francia, había propuesto marcharse á Inglaterra, en casa de una hermana suya. A una voz el conde, sus hijos y Diana habían desdenado la huida; entonces la pobre condesa se contentó con rogar á Dios que protegiese á su familia.

Pronto comenzaron las desgracias que debían sucesivamente acarrear la destrucción de esta noble familia.

El conde, en su huida, había dejado en París una maleta con su correspondencia, que le comprometía gravemente.

A consecuencia de una visita domiciliaria hecha en el hotel que el conde había habitado, la maleta y los papeles fueron tomados. Declarado sospechoso por el Comité de Salud pública, Mr. de Kermadec fué designado al tribunal revolucionario de Nantes, el cual procedió en seguida á su arresto. El conde escuchó con calma á los que venían á prenderle: solamente solicitó un plazo de algunos instantes, el cual le fué concedido. Seguido de su familia consternada subió á su habitación, y dirigiéndose á Paul y á René:

—Hijos míos, sólo Dios sabe si nos volveremos á ver; hoy un arresto es casi una sentencia de muerte. Si yo perezco, acordaos del juramento que he hecho, en vuestro nombre y mío, á la más justa de las causas. Derramad, si es necesario, vuestra sangre, y morid por su defensa; así seréis dignos del noble nombre que lleváis.

Y enseñándoles la rosa blanca de la Reina:

—Juradme sobre esta flor—continuó con solemnidad—mostraros siempre dignos hijos de los Kermadec.

—Lo juramos—dijeron á una voz Paul y René. En el mismo instante se oyó otra voz como un eco de las dos primeras, y que repetía las mismas palabras. Diana, con la cabeza erguida y la mano levantada, había pronunciado el mismo juramento.

—Benedicidme, padre mío—dijo—yo también soy de la sangre de los Kermadec, y si Dios es servido, lo probaré un día.

El conde extendió sus manos sobre sus tres hijos, arrodillados á sus pies, y les bendijo. Todos juntos hicieron una corta oración, y Mr. de Kermadec partió, dejando al mayor de sus hijos la flor sobre la cual habían caído las lágrimas de la Reina, y por la cual todos tres iban á dar pronto sus vidas. La justicia revolucionaria era expeditiva, y Mr. de Kermadec lo había previsto. Dos días después, juzgado y condenado á muerte, la guillotina cortaba la cabeza del conde.

ANGEL ZARZUELO DE CANCIO.

(Se continuará.)

Presbítero,

## CONOCIMIENTOS UTILES

*Análisis de las aguas potables.*—Las condiciones que debe reunir una *agua dulce ó potable*, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> La cantidad de aire debe ser de 20 á 22 centímetros cúbicos por litro.

2.<sup>a</sup> Las materias fijas que contenga no han de exceder de medio gramo (0,5) por litro.

3.<sup>a</sup> No ha de cortar la disolución de jabón.

4.<sup>a</sup> Hervida con cloruro de oro, no ha de tomar el líquido color de violeta.

Para determinar el *aire* que tiene una agua en disolución se pone en un matraz provisto de un tubo de conducción, se recogen los gases en una campana graduada puesta sobre el puente de una cuba hidrargiro-neumática, calentando con una lámpara de alcohol hasta que no desprenda más gases.

Las *materias fijas* se determinan evaporando en una cápsula de porcelana un litro de agua, y cuando se reduzca á un pequeño volumen se pasa á un crisol de platino, en donde se sigue la evaporación hasta sequedad, pero á un fuego suave en el baño de aire á 120°. Se pesa el crisol frío con la materia evaporada, y restando el peso de dicho crisol, se tendrá el de las materias fijas.

Una agua puede dejar de residuo la cantidad que hemos dicho de medio gramo; pero si fuera todo ó la mayor parte sales calizas, cortará la disolución de jabón, en cuyo caso es una agua cruda, no potable; si dicho residuo fuese de sales de magnesia, tampoco será potable.

Para conocer si el agua tiene *materia orgánica* se hierve por cinco minutos en un matraz un litro de agua con un poco de cloruro de oro, y si toma color violado no debe considerarse como agua potable, porque contiene un exceso de materia orgánica.

Las *aguas crudas* tienen los caracteres siguientes: 1.<sup>o</sup>, sabor soso ó empalagoso; y 2.<sup>o</sup>, cortan la disolución de jabón.

*Análisis cualitativa de las aguas dulces ó potables y de las crudas.*—Estas aguas pueden contener:

1.<sup>o</sup> Bases: potasa, sosa, amoníaco, cal, magnesia y protóxido de hierro.

2.<sup>o</sup> Ácidos: ácido sulfúrico, ácido fosfórico, ácido silícico, ácido carbónico, ácido nítrico, cloro.

3.<sup>o</sup> Materias orgánicas.

4.<sup>o</sup> Materias en suspensión: arcillas.

Para su análisis se procede del modo siguiente:

I. Se hierven en un matraz 1.000 á 2.000 gramos ó c. c. de agua, añadiendo agua destilada á medida que se evapora. Por lo general se forma un precipitado, el cual se separa por filtración, y se analiza separadamente.

*Análisis del precipitado.*—Colocado sobre el filtro, se disuelve con un poco de ácido clorhídrico diluido. Si hay efervescencia indica ácido carbónico, y la disolución resultante se divide en varias porciones:

Primera porción. Si toma color rojo con el sulfocianuro potásico, hay hierro.

Segunda porción. Con el cloruro de bario, si se forma precipitado después de algunas horas, es prueba de que hay ácido sulfúrico.

Tercera porción. Con el oxalato amónico, después de añadir amoníaco y cloruro amónico, si da precipitado después de algún tiempo, es prueba que hay cal. El líquido filtrado, si da precipitado con el fosfato de sosa, más amoníaco, es señal de que hay magnesia.

Cuarta porción. Se evapora á sequedad, se añade ácido clorhídrico, y si añadiendo algunas gotas de molidato amónico da precipitado amarillo, es prueba de que hay ácido fosfórico.

*Ensayo del líquido.*—Se divide en varias porciones:

Primera porción. Se añade ácido clorhídrico y cloruro de bario, y si después de algún tiempo da precipitado blanco, hay ácido sulfúrico.

Segunda porción. Se añade ácido nítrico y nitrato de plata, y si da precipitado blanco cuajoso, es que hay cloruro.

Tercera porción. Se añade bastante ácido clorhídrico, y después molidato amónico. Si da precipitado amarillo, es prueba de que existe ácido fosfórico.

Cuarta porción. Esta debe ser mayor que las anteriores. Se concentra por el calor, y si da reacción alcalina con el papel rojo de tornasol, y efervescencia con el ácido clorhídrico, es prueba de que existe un carbonato alcalino.

Quinta porción. Esta debe ser abundante. Se adiciona amoníaco, cloruro amónico y oxalato amónico, y si forma precipitado es que hay cal. Se filtra el líquido, y se divide en dos partes. A la primera se añade fosfato sódico y amoníaco, que dará un precipitado si hay magnesia.

La segunda parte se evapora hasta sequedad, y se calienta el residuo al fuego rojo para desprender todas las sales amoniacales. Se disuelve este residuo en agua destilada, y se precipita la magnesia y el ácido sulfúrico por el agua de barita; se filtra y se le priva del exceso de barita por el carbonato amónico; se vuelve á filtrar, se evapora á sequedad y se calcina



al rojo el residuo, el cual se redisuelve en un poco de agua destilada, y se trata una porción con cloruro platínico ácido, que precipitará si tiene potasa, y otra porción se destina para buscar la sosa por la llama amarilla que comunica el alcohol, y por el precipitado que da con el antimonio de potasa.

II. Una gran cantidad de agua se acidula con ácido clorhídrico, se evapora á sequedad, y el residuo se divide en dos porciones.

Primera porción. Se busca el amoníaco añadiendo potasa cáustica, y si le hay se conocerá por el olor, por la reacción alcalina de los vapores sobre el papel de tornasol enrojecido, y por los humos blancos que formará al aproximar una varilla impregnada de ácido clorhídrico diluido ó con ácido acético.

Segunda porción. Se calienta por algún tiempo, y si tratada con ácido clorhídrico diluido deja un residuo insoluble, es de ácido silícico.

III. Sobre el agua que se está analizando se vierte agua de cal. Si se produce un precipitado, es debido al ácido carbónico libre ó de los bicarbonatos: en el primer caso desaparece el precipitado al añadir más agua de cal, y en el segundo no.

IV. Para descubrir los nitratos se hierve una porción del agua y se añade una gota de sulfato de indigo y ácido clorhídrico. Si decolora, es prueba de que hay nitratos. También pueden descubrirse poniendo el agua con un poco de brucina y ácido sulfúrico, que dará una coloración roja si hay nitratos. Para hacer estos ensayos es menester evaporar gran cantidad de agua, filtrarla si se enturbia, y hacer las reacciones en el líquido concentrado.

V. Las materias orgánicas se reconocen con el cloruro de oro, como ya hemos dicho. También se conoce porque descoloran el permanganato de potasa en disolución muy diluida.

VI. Las materias en suspensión que tengan las aguas se separan por filtración después del reposo, y se someten al análisis cualitativo.

*Análisis cuantitativa de las aguas dulces ó potables (de río, fuente, manantial, etc.).*—Determinación del peso específico.—Se ponen á la misma temperatura dos botellas, una del agua que se ensaya, y otra de agua destilada. Se toma un frasco de vidrio con tapon esmerilado de 100 gramos de capacidad próximamente; se pesa primero vacío, después lleno del agua destilada, y, por último, del agua que se ensaya. Dividiendo el peso de ésta por el del agua destilada, el cociente representará el peso específico del agua ensayada.

*Análisis.*—Las sustancias que por lo regular se dosifican en las aguas potables, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Bases: sosa, cal, magnesia.

2.<sup>a</sup> Ácidos: sulfúrico, nítrico, silícico, carbónico y cloro.

3.<sup>a</sup> Materias en suspensión: arcilla, etc.

*Dosificación del cloro.*—Se toman 100 á 200 gramos ó c. c. de agua, según que el análisis cualitativo haya indicado poca ó mucha cantidad. Se acidula con ácido nítrico y se añade nitrato de plata en exceso.

Se filtran después de pasadas algunas horas de reposo, se lava el precipitado con agua acidulada, con ácido nítrico, se deseca y se calienta en un crisol de porcelana hasta que empiece la fusión. Después de frío se pesa, y por los equivalentes se deduce la cantidad de cloro.

*Dosificación del ácido sulfúrico.*—Se acidulan con ácido clorhídrico 600 á 1.000 gramos de agua, y se añade cloruro de bario. Después de veinticuatro horas se filtra, se lava el precipitado con agua destilada, se deseca y se calcina en un crisol de platino. Después de frío se pesa y se deduce la cantidad de ácido sulfúrico.

*Dosificación del ácido nítrico.*—El método que se sigue está fundado en la propiedad que tiene este ácido de peroxidar las sales ferrosas. Se prepara una disolución de 100 gramos de sulfato ferroso en cantidad suficiente de ácido clorhídrico, y se añade agua destilada hasta completar 500 gramos del líquido. Hirviendo esta disolución con el agua concentrada que contenga nitratos, se convierte la sal ferrosa en férrica, y después se determina la cantidad de óxido férrico formado por medio de una disolución titulada de cloruro estannoso, que pasa á cloruro estánico reduciendo la sal férrica á ferrosa.

*Dosificación de la sílice, de la cal y la magnesia.*—Se evaporan á sequedad en un matraz de vidrio 500 á 1.000 gramos de agua previamente acidulada con ácido clorhídrico; el residuo se trata con ácido clorhídrico diluido, y la parte insoluble es la sílice,

la cual se recoge sobre un filtro, se lava, se seca, se calienta fuertemente y se pesa.

El líquido filtrado se neutraliza con amoníaco, de modo que haya un ligero exceso, y se añade oxalato amónico, dejándolo en reposo durante doce horas; el precipitado es de oxalato de cal, el cual se recoge sobre un filtro, se lava, se seca, y después se calcina al rojo para convertirle en carbonato de cal, de donde se deduce la cantidad de cal.

El líquido de que se ha separado el precipitado se trata con fosfato de sosa y amoníaco, y se deja en reposo por veinticuatro horas, al cabo de las cuales se recoge el precipitado sobre un filtro, se lava, se seca, y después se calcina al rojo para que se forme pirofosfato de magnesia, de donde se deduce la magnesia.



ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN ESTA CORTE

*Dosificación del residuo total y de la sosa.*—Se evapora á sequedad un litro de agua en una cápsula de porcelana, y después se pasa á otra de platino previamente pesada; primero se hace la evaporación á fuego directo, y después se termina en baño de maría, calentando, por último, el residuo en un baño de aire á 180° hasta que no pierda de su peso. Restando de este peso el de la cápsula, se tendrá la cantidad total de sales que hay en un litro de agua.

El residuo se trata con ácido sulfúrico diluido en ligero exceso; se evapora á sequedad, y después se calienta al rojo, añadiendo un poco de carbonato amónico para convertir los bisulfatos formados en sulfatos neutros. En este residuo tendremos sulfatos de cal, de magnesia y de sosa, y la sílice; pero como ya sabemos la cantidad de sílice, de cal y magnesia que hay en el agua, se resta el peso total correspondiente á los sulfatos de estas bases y á la sílice, y quedará el sulfato de sosa, de donde se deduce el peso de la sosa.

*Dosificación directa de la sosa y de la potasa.*—Se evaporan hasta la mitad de su volumen 2 litros de agua, y se añade agua de barita hasta que no se forme precipitado, dejándolo en reposo doce horas; se filtra y se añade carbonato amónico para precipitar el exceso de barita. Se filtra de nuevo, y se evapora á sequedad calentando el residuo hasta separar las sales amoniacales; después se trata con ácido clorhídrico, se evapora el líquido á sequedad y se pesa el residuo, el cual representa, bajo la forma de cloruros, la potasa y la sosa que hay en el agua. Se redisuelve dicho residuo en agua ligeramente acidulada con ácido clorhídrico, y se añade cloruro platínico en exceso, concentrando el líquido en baño de maría y añadiendo alcohol, en cuyo estado se deja por veinticuatro horas. Si se forma precipitado amarillo se recoge sobre un filtro, y se calcula la cantidad de cloruro potásico del peso del cloruro platínico potásico, y restando la cantidad de cloruro potásico del peso anterior de cloruro potásico y sódico, tendremos el peso de cloruro de sodio, de donde se deduce la cantidad de sosa. En las aguas dulces no se dosifica generalmente más que la sosa.

*Dosificación del ácido carbónico combinado.*—Para esto se suma la cantidad de ácido sulfúrico combinado con las bases cal, magnesia y sosa, según los resultados anteriores. Se resta de esta cantidad la de ácido nítrico y cloro que hay en el agua, y que han sido reemplazados por ácido sulfúrico, y el resto será la cantidad de ácido carbónico combinado.

*Dosificación del ácido carbónico libre.*—El método que se sigue es el de Pettenkofer, que consiste en verter sobre el agua una cantidad de agua de cal, cuyo título ó cantidad de cal que contiene se averigua por una disolución normal de ácido oxálico.

Por la cantidad de agua de cal gastada se deduce la de ácido carbónico.

*Dosificación de las materias orgánicas.*—Se calcina el residuo obtenido de la evaporación de un litro de agua, y después de calentado al rojo y destruida la

materia orgánica, la diferencia de peso indica la materia orgánica. Este método es erróneo en los casos en que el agua tiene carbonatos térreos y cloruro de magnesio, pero puede remediarse en parte añadiendo al agua carbonato amónico.

Mejor medio es el siguiente: se calientan en un matraz 500 gramos de agua hasta la temperatura de 70°; se añade 1 c. c. de ácido sulfúrico concentrado, y se vierte con una bureta una disolución de un gramo de permanganato de potasa en un litro de agua, hasta que las últimas gotas no se descoloren y resulte el líquido de color de rosa persistente. Por la cantidad de permanganato gastado se calcula la de materia orgánica.

*Materias en suspensión.*—Se dejan en reposo 10 ó 12 litros de agua turbia hasta que se aclare; se decanta el agua, y las últimas porciones se filtran. El residuo insoluble se lava, se seca y se pesa.

Generalmente las materias en suspensión son arcillosas ó materias térreas, cuya naturaleza se averigua por los procedimientos analíticos correspondientes.

*Temperatura del mar.*—En la bahía de Concarneau se han practicado observaciones diversas para determinar la temperatura del mar á las inmediaciones de la costa, obteniéndose los resultados siguientes:

1.<sup>o</sup> La temperatura media de la superficie del agua aumenta del mes de Marzo al de Julio, y se mantiene estacionaria hasta últimos de Agosto, en que comienza á descender.

2.<sup>o</sup> La temperatura media á diez metros de profundidad, comparada con la de la superficie, presenta diferencias de más ó de menos que no pasan generalmente de 2° ó 2,5°.

3.<sup>o</sup> La temperatura á la profundidad de treinta metros, en medio de la bahía de Concarneau, es durante el verano sensiblemente inferior á la de la superficie de 4° á 5°, aunque varía con las estaciones; así es que en invierno la temperatura del fondo es superior á la de la superficie.

*Gutapercha artificial.*—Mr. Maximiliano Zingler ha ideado una composición para reemplazar á la gutapercha, que es como sigue:

En una marmita esmaltada y provista de un agitador, se introducen las materias siguientes:

|                                |          |         |
|--------------------------------|----------|---------|
| Resina copal en polvo. . . . . | 50       | kilogs. |
| Flor de azufre. . . . .        | 7 ½ á 15 | —       |
| Esencia de trementina. . . . . | 15 á 20  | —       |

Esta última puede reemplazarse por

|                   |         |         |
|-------------------|---------|---------|
| Petróleo. . . . . | 55 á 66 | litros. |
|-------------------|---------|---------|

Se calienta todo, agitando á la temperatura de 120° á 150° hasta completa disolución, y después se deja que se enfríe hácia 38°.

Por otra parte se emulsiona

|                  |   |             |
|------------------|---|-------------|
| Caseína. . . . . | 3 | kilogramos. |
|------------------|---|-------------|

con la ayuda de amoníaco débil, al cual se añade un poco de alcohol y espíritu de madera.

Las dos disoluciones mezcladas se calientan entre 120° y 150°, hasta que adquieran consistencia siruposa, y después se cuecen con un extracto que tenga 15 á 25 por 100 de tanino, hecho con agallas ó con catecú, adicionado de medio kilogramo de amoníaco.

Después de una cocción de algunas horas el producto se malaxa con agua fría, después con agua caliente, y se hacen sobre un plano cilindros que luego se secan.

*Mejoramiento del tabaco para fumar.*—Se toma medio kilogramo de tabaco próximamente, y se pone en un vaso grande de cristal; después se añade medio litro de té hecho á la perfección y con exceso de hoja; bien mezclado todo, se extrae en seguida, dejándole secar sobre un lienzo. De esta manera cualquier tabaco parecerá excelente, conservando su aroma particular, sin aquel hedor acre que le hace nocivo á los que abusan del cigarro.

Así, pues, los que no puedan ó no quieran privarse de semejante vicio tienen un medio de librarse de sus malos efectos por una manera tan sencilla como fácil de efectuar, según el *Monde de la Science*, de donde tomamos esta noticia.